

COSAS

DE GRANADA

LEYENDAS Y CUADROS DE ANTIGUAS Y MODERNAS

COSTUMBRES GRANADINAS

POR

Antonio J. Afán de Ribera.



GRANADA.

Imp. de LA LEALTAD, á cargo de J. G. Garrido.

1889.

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18

COSAS
DE GRANADA

LEYENDAS Y CUADROS DE ANTIGUAS Y MODERNAS

COSTUMBRES GRANADINAS

POR

Antonio J. Afán de Ribera.



GRANADA.
Imp. de LA LEALTAD, á cargo de J. G. Garrido.
1889.

A mi amigo de Páez
Babilio, dedica este re-
cuerdo el autor

AFÁN DE RIBERA.

COSAS DE GRANADA.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
— GRANADA —	
Sala	C
Estante	39
Número	76 (24)

COSAS
DE GRANADA

LEYENDAS Y CUADROS DE ANTIGUAS Y MODERNAS

COSTUMBRES GRANADINAS

POR

Antonio J. Afán de Ribera.



GRANADA.

Imp. de LA LEALTAD, á cargo de J. G. Garrido.

1889.

INTRODUCCIÓN.

Es propiedad de su autor y queda
hecho el depósito que previene la Ley.

El buen resultado obtenido por algunos de estos artículos en diferentes certámenes literarios celebrados en esta Capital, y la favorable acogida del público al escuchar la lectura de otros, y sobre todo mi decidido amor á cuanto se refiere á mi patria, me obliga á la publicación de este nuevo libro, confiado siempre en la indulgencia que se ha dispensado á los anteriores.

Antiguas costumbres populares. ⁽¹⁾

AL GALLO.

Hay un sitio en Granada, desconocido de muchos, frecuentado hoy por muy pocos, y que está completamente distinto de como se encontraba en la época á que nos referimos.

Las célebres murallas de San Cristóbal, explanada anchurosa y centro de reunión y paseo de los antiguos vecinos del Albaicín, se ha estrechado con las cercas de los huertos de higueras chumbas, que le han mermado sus espacios, y apenas queda un cuadro irregular donde se disfrute de las sin iguales *Vistillas*; si el piso descompuesto, y las emanaciones de los rebaños de cabras que han aportado allí su cebadero, no le hacen huir más que de prisa de un parage que idealizaron nuestros antiguos, y que era el pulmón, por decirlo así, del más populoso barrio de la ciudad de las mil torres.

La iglesia de San Cristóbal ha perdido su antiguo esplendor. Su fortísimo templo construido hace cuatro siglos próximamente, desafía el transcurso de los años, y su elevada torre, *antejo del Paraiso*,

(1) Leida entre grandes aplausos, en la solemne sesión de distribución de premios del Círculo de la Oratoria, en Junio de 1887.

apenas es visitada por algún curioso extranjero. Convertida en ayuda de parroquia, solo en los días del Santo Jubileo de las cuarenta horas, pueblan los fieles los carcomidos escaños de su prebisterio, y se postran ante las antiguas imágenes, producto de los escultores de la reconquista.

Sin remontarnos tan lejos, sino á la época en que arrojados de Epaña los franceses de Napoleón, era moda aún oír misa entera y decir favor al rey, como frase sacramental y de respeto; tenían costumbre los buenos habitantes del Albaicín, dejar los domingos sus telares y sus fábricas de paños de lana, y á la hora en que el sol apretaba con sus rayos en el invierno, y los ocultaba en el verano, reunirse en el mencionado sitio, para dedicarse á una de sus diversiones favoritas.

En el ángulo opuesto á la cisterna morisca, que escondida y subterránea se conserva todavía como en la fecha en que los moros de Baeza vinieron á poblar los cerros de la Alcazaba, ponía el empresario de la fiesta, que solía ser un tabernero de la cuesta de San Diego, un aparato tan sencillo como prosáico, modelo sin pulir de las horcas que frente á la Chancillería y en las Eras del Cristo, daban terribles señales de como se hacía á cada instante justicia en los malhechores con el código del absolutismo.

Dos palos clavados en tierra, y un listón de travesaño sujeto á las extremidades de aquellos, componían toda la máquina, amén de algunas tomizas, de las que colgaban por los piés á los infelices gallos, víctimas propiciatorias de los festejos.

Cuando ya había una regular concurrencia, se sentaban á la necesaria distancia los jueces del campo, que eran dos maestros encanecidos en el trabajo

y en el sorbo del de color, quienes teniendo delante una mesilla (más bien trípode de pitonisa griega, pues jamás tuvo sus cuatro extremos cabales), recogían en un cacharro el real de vellón que cada aficionado tenía que depositar como precio á la hazaña que emprendía.

El banquero, digámoslo así, que ponía los pollos y cobraba el dinero, se encargaba de ajustar á los contendientes el ancho pañuelo de yerbas con que les vendaba los ojos, algunas veces con tal fuerza, que clamaban á Santa Lucía los atormentados.

No era el caso para menos, pues si quedaba un resquicio de vista, la partida era desigual, y en vez de utilidades, se volvía á su tugurio sin bichos y sin monedas.

El juego consistía en colgar, como hemos dicho, un ave en el aparato, y á las veinte varas de distancia poner al pretendiente, que marchaba á ciegas, después de darle tres ó cuatro vueltas para que concluyera de perder el tino.

Antes de partir, le entregaban un sable con honores de alfange por lo corvo, y de acerruche por las mellas, y su misión consistía en dirigirse á el volátil, y de un tremendo mandoble separarle del cuello la cabeza. Esgrimido el acero, no tenía derecho de asegundar, y se arrancaba la venda. Si había cortado pluma, era suya la presa, y si el acierto había sido tal que el golpe diese en la cresta, entonces obtenía como superámen una libra de arroz blanco y despolvoreado, del superior que vendía *Joseico el del lunar*, en su tienda de la calle de los Panaderos.

Cuando el golpe le daba en vago, volvía el paciente á depositar nuevo óbolo, y se reunía á aumentar el grupo de los infortunados.

Júzguese de las escenas cómicas que este entretenimiento producía.

—Animo, Juan y Medio, decía el público dirigiéndose á un arriero de la *calle Larga*, que entregaba las niñas de sus ojos al brazo secular del de la taberna. Mide bien los pasos, que el gallo que te hace cucamonas es próximo pariente del de la Pasión, y cuando esta noche lo roigas en compañía de esa refajona que te tragistes de los montes, se os van á caer los colmillos de gusto.

—No turbarlo, añadía un cabrero que había tenido sus dimes y diretes con el traginante sobre cierta compra de una mula coceadora. Si es que se ocupa en aprender la doctrina con el Tuerco el acólito, para escuchar pronto las amonestaciones.

—Esto es, replicó otra voz, si la Paloma no sale con el impedimento.

Como se vé, la vida y milagros de cada uno, se la ponían en la puerta de la calle.

—No quiero bromas, Mellado, respondió el aludido al cabrero, y si continúas, te santiguo en la misma forma que lo voy á hacer con el gallo.

—Paz, y á ganarse la fortaleza, gritó el maestro Zumbea, gran Veedor de los lanceros.

—Que en estas disputas pierdo mi escote, añadió el provisionista.

—Pues á ella, que es de Marbella, prorrumpieron en coro los chiquillos.

Dieron las vueltas de rúbrica, y mi hombre, creyéndose en camino, contó en su memoria los veinte pasos, y alzando el arma homicida, cataplúm, hendió con tal cuchillada los espacios, que de la fuerza y vigor del golpe hincó la cabeza en el santo suelo.

La rechifla y los vítores llegaron á Sierra Elvira, y tirando el pañuelo fué á consolarse con su recua.

Tocó el turno á un barbero del *Peso* que se las daba de listo, y que apostó una convidada con un compadre, sobre su próximo triunfo.

Los más viejos lo miraban socarronamente, y guiñaron á un granuja que así que lo vió cubierto, colocó á su paso un medio ladrillo de los recochos, ya dañador de varias espinillas.

El rapista se cuadró muy formal, levantó en alto las narices como perro perdiguero, y tarareando *unas mollares*, se dirigió cual otro Cid hacia el enemigo.

¡Suerte tirana! El pelote que lo aguardaba le hizo dar un enorme traspies, y al recuperar el equilibrio, instintivamente se arrancó la venda, y perdió el derecho al sablazo. A casualidad achacó su desdicha, y no quiso probar otra fortuna.

Sucedíole un almidonero panzudo, gran comilón, y que se gastaba sendos escudos en regalarse. Pero era tan repetido y tan vanidoso, que no gozaba de las simpatías del vecindario. Así es, que cuando se puso en facha, todos eran votos porque no alcanzase su objeto.

Era ya ducho en el manejo del montante, pero los de una mozuela, acaso conocida, le distrajo, y en vez del gallino dió el corte en la alfangía, haciendo dos la maquinaria. Tuvo que indemnizar, renunciando por aquella tarde al guiso con que ya se saboreaba.

Un herrero de *las Cuestecillas*, que lo mismo esquilaba un burro, que hacía una espuerta de clavos para el almacén del *Arco de las Orejas*, se presentó en la palestra, depositando lo primero sus monedas. Como los pasos eran vacilantes, al interpelario afirmó que los producía una copa de aguardiente *de hierbas*, panacea exelentísima para los dolores de

estómago. Pero los murmuradores se sonreían manifestando que se había trasegado una cuba de moscatel á medio vinagre, como celebración de haber vendido con otros de su calaña, un jaco á quien había colocado una dentadura postiza.

Se dejó cegar como un bienaventurado, y sin reparar en pelillos, tomó carrera como alma que se lleva el diablo, y en lugar de dirigirse al simulacro, se mareó con las vueltas, y fué rodando hasta la Alhacaba, donde la gitánica su cónyuge lo recogió de un charco, diciéndole:

—¿Dónde vés con ese *sinable*, esgalichao, si tú no sabes manejar otras armas de fuego que las tenazas? Y con esto le repelaba los mechones de la frente, que se habían convertido en torciones con el fango.

—Si es que quería traerte un gallo para que te despierte, estrella sin rabo, le contestaba el esposo.

—Duerme, tú, cara de jaula, que con este lobo son cinco los que has pillao esta semana, y somos lunes.

Por escucharlos se suspendió lo de los gallos algún tiempo, hasta que interviniendo la autoridad, encerró al matrimonio en su huronera.

Siguiose la fiesta con otros jugadores más afortunados, y á la hora crítica se disolvieron los grupos, yéndose los gananciosos á disfrutar de su presa al figón de la Paulica, que en esto de aviar unos pollos con tomates y pimientos, que del picor se llevaban el cielo de la boca al tragadero, no había quien le mojara la oreja entre todas las cocineras del orbe. Ya se vé, el manjar pedía líquido, y no agua, de suerte y manera que al levantarse de la mesa, algunos, se caían debajo, y otros marchaban á sus viviendas en el tercer grado de la embriaguez, ó sea en el de la capa arrastrando.

Pero el lance que produjo más motivos de conversación en aquellos parages, fué el ocurrido con el ciego *Pontoque*, el que soplabá los fuelles del órgano de San Bartolomé. Este lisiado era hombruno, de complexión sanguínea, y gran marrullero en las puertas de los templos y de las devotas.

Por las noches labraba pleita, con el esparto que una su prójima le adobaba, y con esto y el petitorio, ahorra sus doblones, y tenía siempre atestados de mendrugos los armarios de su cueva. Muy aficionado á la salsa, guardaba siempre su real para tomar parte en el sablazo, y tanto estudió el terreno, y tanto se hizo explicar el piso y la colocación del artefacto, que no pasaba vez, sin que llevara un ave á su cazuela.

El tabernero sostenía que no era ciego, pero no veía jota, y gastaba perro y lazarillo. Este, sobrino de prima hermana, ya quería cambiar de oficio, y aspiraba al ruidoso empleo de tambor de regimiento. Sobre tal certámen, tuvieron por la mañana ambos parientes un diálogo, que terminó con algunos pellizcos y pescozones á la parte más débil, que juró que no los echaría en saco roto.

El granuja que ayudaba al tío en todos sus chupuces, también era parte integrante en lo del bichucho. Tenían convenido unas pitadas con disimulo cuando debiera descargar el golpe, y en esa confianza fuéronse á la explanada.

Con escama el contratista quiso aumentar su cequera con el pañuelo, pero no lo consintió *Pontoque* sinó anudado por las manos de su Cirineo.

—Ponme al darme las vueltas en la pista, para que cuente los pasos, y chifla sin que se advierta, le dijo el ciego en voz baja.

—Entendido, y pegarle en la cresta, le respondió el pillastre.

Dióle el torno, y marchó enarbolando el arma homicida.

Con grande asombro vieron los circunstantes que por primera vez equivocaba la dirección, pues iba hacia el jurado dejando el pollo sin riesgo. Creyéronlo una añagaza, cuando de pronto al sonar un ténue silbido, dió un salto de tigre, y descargó la más tremenda cuchillada que darse pudiera en batalla de infieles contra la mesilla de la colecta, alcanzando en un hombro á uno de los jueces, y viniéndose todo á tierra entre los gritos y el barullo. El lazarillo riéndose á carcajadas se huyó por las cuestas como un galgo, al herido lo llevaron al hospital, y á nuestro Pontoque á un calabozo á espiar con dos grillos el *palo de ciego* dado á un señor comisario de los de más campanillas entre los de su clase.

Desde entonces, aunque el juego era sin ver, no permitieron que ninguno privado de la vista tomase parte en la lucha, y aún se habla de si se conmemoró el suceso en un romance cantable que se vendió por resmas al pié de la torre de la Catedral, entre los del célebre Juan Rana, y del guapo Francisco Estéban.

Hoy, como la pólvora es un elemento tan importante, á el arma blanca destinada á los sacrificios, ha sucedido la escopeta de dos cañones, y el elegante tiro de pichón, especie de juego de azar con salvas, desterró por completo las diversiones pacíficas de otros más pacíficos conciudadanos.

Los Paseos de Granada. ⁽¹⁾

I.

Señoras y Señores,
¡qué calor, qué bochorno y qué sudores!
sin ser el especial *Zaragozano*.
presagio nos freímos el verano.
Ustedes me dirán,—vaya una picia;
no vale ni dos cuartos la noticia;
por lo mismo, dejadme que os la ofrezca,
porque es *noticia fresca*;
que todos anhelamos, según veo,
para que fuese la función completa,
que en vez de celebrarse en el *Liceo*,
se hiciera en el *Picacho de Veleta*.
Por eso ya me explico
que tenga hoy tanto imperio el abanico,
pues además de ser á las hermosas
útil defensa para muchas cosas,
y telégrafo fiel, que según trazas,
señala desde el *si* á las *calabazas*,
sirve para mayor abundamiento,
para que acuda... el viento.
Pero el Señor, con su bondad divina
coloca junto al mal la medicina,
y si nos dan berrinches
las legiones de pulgas y de chinches,
con que en la sangre humana haciendo el costo

(1) Leída con extraordinario éxito en la sesión literaria del Liceo, la noche del 8 de Julio 1853.

vienen en el Agosto por su agosto,
 para alegrar el ánimo doquiera
 están la *Plaza Nueva* y la *Carrera*,
 con su música ufana, con sus luces,
 y con otras ventajas y chapuces.
 Pues si hay para vencer al enemigo
 tan barato y tan plácido recreo,
 acudan, pues, á discutir conmigo,
 ¿cuál es mejor, la *Plaza* ó el Paseo?
 Guarden sus opiniones
 hasta escuchar completas mis razones.

II.

En limpio, llano y perfilado centro
 de su rival cual género distinto,
 la *Plaza Nueva* encuentro,
 como de hechizos mágico recinto.
 La brisa que del *Dauro* en la corriente
 tanta salud y aromas atesora,
 se mezcla con el aura diligente
 de los jardines de la Alhambra mora.
 Y si la luna su fulgor riela
 y el bello cuadro por bordar se afana,
 el alma de ventura se desvela,
 viendo á Dios en la *Torre de Santa Ana*,
 y su gloria en la *Torre de la Vela*.

Y esto en cuanto á poesía;
 que bajando á la tierra desde el cielo
 no hay muchachas en toda Andalucía,
 cual las que pisan supreciado suelo.
 Ellas, de su cabello entre los rizos,
 por joyas, ponen flores,
 y no hay polvos de arroz, y no hay postizos,

sino puros, verídicos colores.
 La juventud, la gracia por guirnalda,
 pañuelo de Manila al lindo talle,
 y limpia, corta y elegante falda,
 los corazones lleváanse de calle.
 Que no son mis antojos,
 venid, y los vereis con vuestros ojos,
 pues hablo ingénuamente;
 tiene tanto atractivo aquella gente,
 que no existe quien pueda
 verlas pasar, ya gordas ó ya flacas,
 sin hacerles la rueda,
 á pesar de los novios y las facas.
 Verdad que este misterio
 mueve de vez en cuando algún tiberio,
 y se pronuncian frases nada tiernas;
 ¡pero si hay de vecinas cien tabernas;
 y á más, para un percance
 tienen el juicio oral (1), más á su alcance!
 En cambio la *Carrera*
 será todo lo noble que se quiera,
 y allí la aristocracia tendrá cita,
 y mucho señorito y señorita;
 ¿mas, y el polvo? y el hálito inclémene
 que se exhala *del Puente*?
 ¿y venir diligencias al galope?
 ¿y las recuas de burros siempre al tope?
 ¿Pues y la larga fila
 de coches, donde en feria estar se estila,
 pareciendo la jóven y la vieja
 merengues en bandeja?
 ¿Y las tertulias impidiendo el paso,

(1) En la Plaza Nueva está el edificio de la Audiencia, antes Real Chancillería

y cortándose en ellas cada traje
 que hasta las sillas temen un fracaso
 y se ván de viaje?
 ¿Y aquellos tortolillos
 que con su amor profundo
 hacen llevar *la cesta* á todo el mundo?
 ¿Y las madres á caza de novillos?
 ¿Y las tristes figuras
 que no pueden mirarse ni de balde,
 que quisieran estar por siempre á oscuras
 y maldicen el gas y hasta el Alcalde?
 Nada, yo no transijo,
 en este pleito ganaré de fijo,
 y no vengan afines
 á ensalzar el primor de los jardines,
 y sus grutas y empiedros,
 y sus lozanas flores,
 pues no he visto otra cosa que *dompedros*.
 Celebren sus anchuras,
 pero elogien también sus calenturas,
 enfermedad que en el *Genil* se pilla
 por quien tiene que andarse por su orilla,
 (y en la época presente,
 es una diversion vivir caliente).
 Conque lo dicho, dicho;
 podrá ser ilusión ó ser capricho,
 mas sepan por si acaso se me llama,
 tengo en la Plaza Nueva hasta la cama.

La antigua fiesta de familia.

I.

Causaba asombro en los buenos moradores de la calle Real de San Lázaro, en los primeros años de este siglo, el esmero, pulcritud é inteligencia con que la Sra. Robustiana, la viuda del labrador conocido por *Muelas de gallo*, cuidaba de tres lechones, que se convertían en bolas de carne, allá para las vísperas de la Purísima Concepción. ¡Quién había de predecirles el fin terrible que les aguardaba, cuando en un suelo fregado expofeso les servían el dorado maíz recién desgranado, y en claveteada artesa el agua más pura de la siempre saludable fuente del *Pilarillo del barrio!*

¡Y que era de ver á la setentona con su pañuelo de tomate y huevo en la cabeza, y su saya de percal gibraltareño recogida, y enseñando unos sólidos cimientos calzados con botines de becerro, sacando de paseo al arrecife á los educandos, que á lo mejor se tendían para que les rascara su dueña, contestando á sus caricias con unos gruñidos tan dulces que producían *erir* en los recién nacidos del contorno!

Pero tal es la humanidad y su destino. El ídolo ante quien se postra un día, lo deshace al siguiente; y el estómago, el mayor tirano de los tiempos presentes y futuros, obliga á convertir en Saturnos á las más sensibles y compungidas madres de familia.

Doña Robustiana perdía el juicio desde pasado San Andrés, preparando el espectáculo. Una docena

de limones gastaba en fregar el cobre; y los almireces donde habían de triturarse las especias eran llevados á pulimentar para quitarles hasta los más pequeños temores del cardenillo. Dos cargas de leña partida era de rúbrica colocarlas junto al hogar, y ya decidido el día y la hora, avisaba á dos robustas y frescotas sobrinas que moraban en frente, á su nuera y cuatro nietos, á la comadre Frasquita la Tuerta, y sobre todo á Colasa la *matancera*, que era la titular en el asunto, y cuyo voto no tenía réplica en resoluciones del aderezo.

Dada lá oracion en la noche antes del sacrificio, ardiendo los candiles y los belones con cuatro mecheros, se encendía la chimenea de campana, y en el anchuroso y limpio portalon se colocaban los asistentes y alguno que otro que se convidaba á sí mismo. En esto era un tipo Bartolomé el cobrador de la hermandad del Santo Cristo de la Yedra. Llamáranlo ó nó, siempre acudía á estas solemnidades, y como su lengua era de víbora y ninguna mujer de circunstancias quería que se criticaran sus haciendas, porque ensalzara el aseo, lograba la mejor pieza con probatura y relamimiento de las pringues. Verdad es que tocaba la guitarra y en ocasiones el pandero. Nadie está de sobra, bajo de las estrellas, dice el adagio.

Ya que iban á sacrificarse unas víctimas, justo era que se las llorase por sus asesinos. Y el caso es que las lágrimas no eran voluntarias, sino forzosas. Después del repiqueteo de los almireces, que hacían menudo polvo las drogas del *testamento*, se entraba en la operación de mondar y picar la cebolla, y aquí te quiero, escopeta. Las mozuelas, con los brazos arremangados que daba alegría el vérselos, peinadas de castaña y un lienzo blanco cubriendo los

rizos, reminiscencia del tocado árabe; en enormes lebrillos vidriados y con navajas de cachas negras, que aún no había inventado el progreso las facas; arrodilladas convenientemente, agarraban los apretados tubérculos, honra y prez de los labrantines de la Cartuja, cuyas ristras ostentaban frutas del tamaño de media hogaza, sin temer á las burlas de los de la calle Real, que faltando al respeto llamaban á su Virgen *la de las cebollas*, y dando ocasión á que les devolvieran el mote en su oficio de rastilladores de cáñamo.

A los pocos minutos de comenzada la faena, el tufillo se introducía en los ojos, y la fortaleza era tal, que comenzaba el duelo por las más próximas, con lagrimones como puños y restregones en la vista que aumentaban el manantial. Ya los novios querían hacer de Verónicas, enjugando los rostros de sus enamoradas, lo que no permitía la Robustiana, por más que las madres hacían la vista gorda, afirmando que á cada edad era necesario darle lo suyo. No era á los chiquillos á los que menos molestaba el aroma, pero como el trabajo era largo, se iban durmiendo en las faldas ó en los rincones, quedando para los mayores el estornudo.

—Vean ustedes una de las ventajas de ser tuerta, decía el entrometido dirigiéndose á la Frasquita, se ahorra de llorar con un ojo.

—Así estuvieras lisiado de la lengua, le respondía furiosa la prójima, ó desollado como tu nombre.

—No es para tanto, añadía el yerno, que tenía apuesta á bruto con los novillos con que araba.

—Madre, eso es falta de bebida, saque algo del de color, que los duelos con pan son menos, y es su merced la más rumbosa que existe en toda la jurisdicción.

—Vino, que del cielo vino, exclamaba el concurso.

—Y bizcotelas, replicó un nieto el más talludo, que las había descubierto en la alhacena, y estaba en camino de un cólico de las que había hurtado en las revueltas.

Robustiana se dió un poco de tono para que aumentasen las súplicas.

—Para mañana se reservaba el agasajo, contestó, pero sois tan tragones que pondré el pellejo de manifiesto.

—No es mal año por mucho trigo, comadre, la decía su vecino Perote, y no es pecado dejar de comer por haber comido.

—Pues al jarro, y menos borlas y más limosnas. Hubo sus brindis, su rato de paranza, y hasta un poco de fandango del Bartolomé, y antes de despedirse señalaron para la hora del sacrificio las cuatro de la mañana.

Durmieron vestidos ellas y ellos, como convenía á la importancia de la operación, y así mismo los chiquillos, que no podían eximir de su presencia el acto. Ya se vé, el mayorzuelo tenía que mover el rabo al animal para obtener el premio de la vejiga, futuro rabel entre los instrumentos de Noche-buena.

Entre tantas cosas como han variado en este siglo, de las pocas que se conservan como á primeros, es uno el escéntrico tipo del *matador de cerdos*.

Quien ignorando las costumbres del país, se encontrase antes del amanecer en una calle solitaria, con una cuadrilla de cuatro ó cinco hombres mal carados y peor vestidos, llenos de manchas de sangre, y armados de palos y de una cesta con toda clase de cuchillos sin vaina, luciendo sus cortantes hojas, de seguro que los reputaría como asesinos de la peor especie, y creería llegada su última hora. Sin em-

bargo, son ciudadanos inofensivos, cuyo olor demuestra su oficio, y que concluida la *temporada*, como los cómicos de lugar, recobran su primitivo estado, y son trabajadores del campo, peones de albañil, *et sic de ceteris*.

II.

Dos fuertes aldabonazos en la puerta de la Robustiana pusieron la familia en conmoción, y al quién vive del gañán, respondió la frase de ordenanza: *los matadores*.

Se encendieron las luces, las mozas se restregaron los ojos para quitarse la pereza, los chiquillos gritaban como desesperados, y el yerno empuñó una enorme *damajuana*, repleta de aguardiente, para dar el alba á los recién venidos y al concurso.

Por dónde apareció Bartolomé, se ignora; pero con un par de copas en las manos, era el Cirineo del escanciador.

Los sayones agarraron la primera víctima, no sin colocar antes una mesa pequeña como altar propiciatorio; el nieto se colgó del rabo antes y con tiempo, recibiendo un coscorrón que le hizo rodar, con grande alegría de sus hermanos, y la matancera luciendo los codos y algo más, se aprestaba á recoger en un caldero brillante como el oro, la sangre de la víctima inocente, criada con tanto regalo para morir en la flor de su cerdosa juventud. Dió el maestro la terrible puñalada en el pescuezo, los gruñidos atronaban el espacio, doña Robustiana hacía puchereros enjugándose con el delantal, y el yerno y su colega se hartaban de refinado, sin olvidar al sereno, que no perdonaba estas escenas, y á todo vecino madrugador y aficionado al alpiste.

Cuando los tres cadáveres estaban en el suelo, para colmo de horrores, en vez de sepultura, los cubrieron de una capa de esparto, é inquisitorialmente, los quemaban, para después proceder al desuello hasta quedar convertidos, de negros que eran, en montones de nieve, salva sea la comparación.

Retirados los verdugos después del atroz descuartizamiento, la Nicolasa con las sobrinas y un zagalón de acompañante, marcharon á los caños de la *Fuente Nueva*, á purificar el menudo, previo encargo de la dueña, de que lo enjuagasen tres veces, so pena de volver á repetirlo, y regaños en abundancia. ¡Qué tragin después, qué disputas sobre el orégano y la pimienta que se mezclaba con la masa! Por fin triunfó la voluntad de la directora, y el perfume del embutido llenó los ámbitos de la cocina, quedando en agua en los lebrillos, hasta el cocimiento en la ya cercana noche.

III.

Apenas rezadas las oraciones, se principió la sesión. La chimenea ardía con brillante chisporroteo, la enorme caldera recordaba la de las bodas de Camacho, y la concurrencia era mayor que la noche antes, doblándose la fila de sillas desde un extremo á otro de la habitación.

El Bartolomé que no había desechado la *pítima*, lanzaba miradas ansiosas á la morcilla, y cuando la Nicolasa pinchaba la tripa con una aguja de hacer media para convencerse de si estaba en sazón, si por acaso se reventaba, en seguida con un enorme cazo la recogía, trasladándola á una fuente con honores de pilón, destinada á recibir, como si dijéramos,

el desecho. Porque era costumbre, que las de más fina cubierta, que no servían para colgadas al humo del hogar, habían de comerse en el acto por los invitados, atraídos principalmente por el deseo del agasajo. Cuando ya hubo reunidas buen número de ellas, pues el del cazo echaba las buenas y las malas, el yerno empezó á pescar batatas, que se cocían en la salsa, y un tufo succulento inundó la sala lanzando á todos á los goces del festín.

Doña Robustiana, que era dadivosa, sonreía ante los famélicos, y se hinchaba de orgullo ante los exagerados elogios que todos hacían del condimento. Los chiquillos, que fueron los que se hartaron más pronto, tenían el hocico y las manos como si también los hubieran echado en la caldera, y las personas mayores se libraron de una catástrofe, merced á los brindis del Bartolo, que vació por completo la cantimplora.

Ya satisfechos, hubo su rato de baile, sus coplas y sus abrazos, y ya cerca de madrugada se retiraron las sobrinas á su casa, con los novios de guardianes, no sin promesa formal de volver casa de la tia á llenar las longanizas, completo de la operación, con los adobos como epilogo.

Al tercer dia, después de limpio y colocado en su sitio todo el menaje, se repartían *los presentes* á las personas de su devoción, principiando por el señor cura, y dando lugar á las murmuraciones de las envidiosas, que calificaban de desabrida la morcilla, y cuyos chismes exagerados hasta no más, eran referidos, por la tuerta, encargada de este negociado, y sirviendo de comidilla en las conversaciones de las largas noches del invierno.

IV.

Ya la estrechez de las casas modernas, y las habitaciones de pisos, van quitando estas costumbres, y hasta se llega á pensar en mataderos públicos de cerdos, para dar con tan extraña disposición el cachete á esta tan antigua como respetable *fiesta de familia*.

El Cerrojo de San Gil.

A LAS SEÑORAS DEL LICEO (1)

LEYENDA.

Pues que es preciso entretener el rato,
y del invierno las pesadas horas,
buscar de recorrerlas modo grato,
permitidme, bellísimas Señoras,
que esta noche á vosotras me dirija,
con esta narración ó alegre cuento,
no de la mente acalorada hija,
sino que es de verdades un portento,
y que además promete
servir á este concierto de sainete.

Desde que á Adán y á Eva
la serpiente, que al fin era el demonio,
del camino del bien al mal los lleva,

(1) Leída con grandes muestras de aprobación en la sesión de 7 de Enero de 1883.

y después, por contera al matrimonio,
otro problema la mujer no ataca,
que el modo de vestirse *la casaca*;
porque es prenda de abrigo,
y cualquiera de ustedes me es testigo,
que no hay otra ilusión ni otro consuelo,
que un novio que se case.... pero al vuelo.

Pues bien, en este apuro,
toda la jovencita que temía
quedara su persona,
reducida al estado de *jamona*,
(que en verdad que es estado
que á vosotras no os gusta ni pintado),
á infinites resortes acudía;
unas, de las barajas al conjuro,
otras, á las promesas,
otras, á estar demás en todas partes:
mas Señor, ni por esas,
y era de ver el apurar las artes
para lograr el fin apetecido:
se entiende que este fin.. es un marido.

En tan duras tareas,
no fué Granada quien las dió peores,
que aunque es ciudad de hadas y de flores,
suelta de vez en cuando tantas feas,
que es menester, ligeros cual venablo,
hacer la cruz, como el que ve al diablo.

Mas como al fin en su bendito suelo
dura el pesar cual nube de verano,
no era justo quedase en desconuelo
medio género humano,
mitad que aunque contenga sus faltillas,

para hacerla sirvió nuestras costillas;
 (noticia que produce mal aguaje
 porque en muchas querellas
 los hombres lo reputan como ultraje,
 y se las rompen en venganza á ellas).

Y hubo un sabio, por señas de Granada,
 aunque el ser sabio aquí, no choque nada,
 pues todos son artistas,
 autores, periodistas,
 y poetas, ¡gran Dios! para castigo,
 que de modos diversos,
 han salido esta Pascua tantos versos,
 que no los compusiera el enemigo.

Y ese sabio, asustado ante la idea
 del lloro de la hermosa y de la fea
 (aunque dicen que el llanto
 siendo de la mujer, que no se crea),
 remedio procuró para el quebranto,
 prestando con su ciencia peregrina,
 fácil cuanto barata medicina.

Y fué que ya la niña ó ya la vieja
 que tuviese perdida la esperanza
 de en el campo de amor hallar pareja,
 fuera con confianza
 de conseguir su antojo
 á agarrarse á un objeto y no sutil,
 esto es, al *cerrojo*
 de la antigua parroquia de *San Gil*.

¡Milagro y estupendo!
 al hierro lo pusieron como un bendo,
 y huyeron los pesares,

y maridos se hallaban á millares,
 y la crónica afirma como cierta,
 que hasta besaban la ferrada puerta.
 Y qué bodas no habría,
 que es tradición de respetable peso,
 que se hizo la primer confitería
 enfrente de San Gil, solo por eso.

Mas como no es durable
 la dicha en este mundo miserable,
 el remedio que á todas las salvaba,
 se acabó cuando menos se esperaba.

Vino el *Sesenta y ocho* una gran cosa
 que dijeron gloriosa, otros *golosa*,
 unos de bendición astro radiante,
 otros, dolor de muelas sin aguante;
 santa revolución, el que comía;
 aborto del infierno, el que ayunaba,
 y hubo sustos, y palos: todavía
 hay quien de desliárselos no acaba.

Mas lo que fijo mi relato encierra,
 es que tiraron la parroquia á tierra.

Y adios, puerta y cerrojos;
 concluyó su virtud, volvió la pena,
 el prado del amor solo dió abrojos,
 y no era ni áun bastante
 para pescar al descuidado amante,
 echarle en vez de anzuelo, una cadena;
 y á su pesar, con grandes y con chicos,
 ¡se dieron tantos micos!

Mas hoy, tocad á gloria,
 que os daré una noticia, y no os engaño,
 con que se pueda despedir el año

sin maldecir siquiera su memoria.
Señoras, mucho ojo,
ya pareció la puerta y el cerrojo.

El noble Ayuntamiento,
que los destinos de Granada rige,
y hágalo bien ó mal, no es de mi intento,
á la *Vacuna* un edificio erige.
¡Y qué orgullo tendrán los animales,
cuando saber les toque según veo,
que existe un nuevo empleo,
vacas municipales!
La patria se ha salvado, y razon era
que los cuernos entraran en carrera.

Como útil consecuencia de esta obra
y de esta construcción en el costado,
que de aplaudir por esto, razon sobra,
en el nuevo portón se ha colocado
la puerta que en San Gil era portento,
nuevo laurél del nuevo monumento.

Conque ved si es noticia
que puede hacer de todas la delicia,
que presenta los novios á millares,
paisanos, militares,
cesantes, empleados,
aguardando no más que á ser cazados.

Ea, á la lid, entre sus fuertes chapas,
el *cerrojo* hoy presenta su frescura;
solteras, agarrarse como lapas,
que ha de venir la bendición del cura.

Mas tened entendido
que estando junto al *Parque* (2) donde mando,
al Brigada le tengo prevenido,
no obtenga del *cerrojo* su deseo,
la que no sea socia del Liceo.

La Casa de las Animas.

Enclavada en la antiquísima parroquia de San Andrés, que fué catedral interina y es centro de venerables reliquias, existía en el comedio del pasado siglo y en la *placeta llamada de los Naranjos*, un destaralado edificio, ruinoso de fachada y nada limpio por dentro, que albergaba una población tan heterogénea como particular.

Debía su nombre la casa, á gravitar sobre ella un crecido censo á la *hermandad*, por lo que el propietario se cuidaba poco de sostenerla, y sus moradores mucho de destruirla. La entrada consistía en un pasadizo estrecho y oscuro, con una puertecilla que daba paso á la vivienda que hacía las veces de portería, desembocando en un patio irregular y mal empedrado, donde vegetaba una raquítica parra y un carcomido ciprés, y en medio una como alberca, receptáculo de nada cristalinas aguas, y tea de la discordia entre las que con sus canastas de ropa, querían gozar de sus primicias.

A este patio se abrían las puertas y ventanas de varias habitaciones, que lo mismo albergaban seres humanos, que irracionales de distintas especies. A

(2) El de Zapadores Bomberos.

mano izquierda, desembocaba la escalera. ¡Qué obra tan monumental! Ni la famosa de Chancillería, la igualaba. Y decimos monumental, porque admiración causaba el milagro de equilibrio con que se sostenía, no teniendo ni un ladrillo ni un escalón sano, y con más grietas que las manos de un hortelano en Navidad.

Era, marquémolo así, el vomitorio para unos corredores á teja vana y descubiertos, tan azotados por la nieve como por el sol, y deshahogo del hormiguero de criaturas que en veintitres cuartuchos se albergaban en aquel piso. ¡Pero qué corredores! Ni la histórica tienda del *tío Ardila*, ni el baratillo más surtido de los de la estrecha callejuela de San Agustín el bajo, reunían en su conjunto más variedad de objetos, más incalificables harapos, ni más restos de la miseria humana. Era tendadero, balcón, paseo, y sobre todo peligro constante por su maltrecho pavimento, de la gente menuda que lo recorría, pues no quedaba uno que no llevase en su frente señales de aquellas roidas losetas, árabes alguna, y producto del cerro de la *Escaramusa* las restantes. Había un alto, á que por mal nombre llamaban la torre. Pero tenía la puerta clavada, pues un mozo que quiso subir á ella para coger un nido de lechuzas, cayó desde la alcoba de las aves agoreras al patio, pues tal era el estado de solidez de su techumbre.

La mañana en que principia la escena que vamos á describir, y que era de las tristes de Noviembre, apenas la claridad disipó las tinieblas del firmamento, cuando el casero, piloto experimentado y jefe sin apelación de aquella nave encallada, abrió la puerta de afuera y puesto en el tranco se dispuso á revisar sus galeotes.

Llamábase el *Tío Farulla*, de oficio alpargatero de banco. Pasaba de los sesenta. Su esposa murió dejándole sin hijos, de enfermedad de calenturas según unos, y de una paliza propinada por su prójimo según otros. Nadie está libre de murmuraciones: pero el tío Farulla había estado algunos años en galeras, y cuando pillaba la *atmará* de acerada punta en sus callosas manos, hacía el arma el papel de tridente del dios Neptuno en aquel antro terrestre. No obstante, el alcalde de barrio y los ministros de la justicia lo miraban bien, porque era pródigo en copas de guindas, y no faltaba nunca en asistir con vela propia en las procesiones del Santísimo.

Los primeros que hicieron punta, fueron dos estudiantes de la tuna, que como se hallaban ligeros de ropa tardaban pocos momentos en su atavío. Iban á la sopa de los conventos, presumían de bachilleres y algo también de tocadores de guitarra. Nombraban al mayor, Peralta, y al menor, Antunez. Eran de Levante, y no muy sobrados de parientes, porque jamás llegaba el cosario con una carta. Moraban junto al cuarto de las Isabeles, dos costureras hijas de la tía Fermina, á quienes visitaban á menudo, por supuesto, con buen fin.

—Buenos días, señores, les dijo el casero respondiendo á su saludo; á quien madruga Dios le ayuda, y ya veo que está zurcido el rasgón que en el manteo le hizo el contrabandista.

—El roto está cosido, tío Farulla, pero el que necesitará de algo más que de un ovillo, será el que voy á hacerle en el estómago á ese brutal de *Mediacava*, respondió Peralta. A mí, la alegría de los claustros, y próximo á graduado, embestirme ese defraudador como si fuera un perro de presa! Ya

verá con quien ha de habérselas. *Bárbaris et Silvestri*, señor casero.

—Todo eso de latines estará muy bien. Pero no quiere que á la rubia le enseñeis tanto idioma, y ha jurado calentaros las espaldas con el cabestro de su jaca.

—Porque es un ignorante, replicó Antunez, la misión de los escolásticos es difundir la ciencia y sobre todo en las mujeres. Cicerón lo ha dicho, y nuestro bedel mayor nos lo repite, cuando dirigiéndose á nuestros tricornos exclama: *Animalia ibant et revertabantur maiorem*.

La burra de *Orégano* el basurero que habitaba en la cobacha del hueco de la escalera, saludando á su modo, interrumpió el diálogo, marchándose cada mochuelo á su olivo.

En esto se abrió una de las puertas del bajo y apareció renqueando la *tia Salero*, constante abonada á los jubileos, tan pedigüeña como encubridora, y armada de muleta y de rosario, como si fuera toreador en plaza.

—¡Ay, señor maestro! que así llamaba por más re-tumbancia al casero: esta noche no he podido pegar los ojos! Es necesario ponga su merced orden en la casa.

—¿Pues si no ha sido sábado, qué diantres puede haber ocurrido?

—Déjese de bromas y escúcheme. *Brazo de Hierro*, el mandadero de la plaza de la Verdura, equivocó su vivienda con la de Casilda, la viuda del Carabini-ero. Al principio todo iría bien, pero despues se oyeron unos gritos como si la arrancasen las entrañas. Yo me mudo, porque me repite el histérico y á mis años con una sofocación, me dan el óleo.

—Así reventáras, vieja soplona, le dijo tratando

de agarrarla de la mantilla de franela, una especie de marinacho cuyos pasos no se sintieron por bajar descalza. Ya me figuré que estos serían los buenos días reservados al casero. ¿Por qué no cuenta lo del billete que dió la semana anterior á la hija de la Marquesa al entrar en misa, y que la valió dos ducados? Pero ya lo sabe Manolón el lacayo, y ha de decirlo á los amos para que la pudran en un calabozo.

—¡Jesús, el dulcísimo nombre de Jesús, detente, lengua sacrilega! añadía la vieja.

Iba la viuda á embestirla, mas la sujetó el de los alpargates, mandándola á que concluyera su tocado.

Una tosecilla seca, hizo volver la cara á Farulla que ya iba á *tomar la mañana*, para corresponder al apretón de manos que le dió *Don Servando*, maestro de primeras letras á domicilio y de gente de escalera abajo. Era un vejete arriscado y rechoncho, con peluca rubia, capa de galoncillo en ambas estaciones, calzón corto, y media con intento de negras. El sombrero de tres picos se le balanceaba majestuosamente, por lo que lo afirmaba al postizo, y en más de un saludo, la luna venerable brilló espléndida ante el sol del mediodía. Enseñaba á los mozos de servicio y aderezaba las cuentas de los despenseros y mayordomos que no eran muy duchos en la pluma. Se mantenía soltero, pero le cuidaba la ropa la vecina del cuarto contiguo, que era la *tia Rebotá*, vendedora de madejillas y zapatos de bendo. Tenía cuarenta años y volumen de una media tinaja. Sus andares eran tan chuscos, que muchos la apellidaban la *Tarasca*. Salió detrás de su amigo para obsequiarse en el puesto de la buñolera.

Y hé aquí en campaña otro habitante de los corredores, llamado *Gorrión*, muchachuelo de nueve á

diez años, que ejercía el nunca bien ponderado empleo de acólito de la parroquia. Su madre, la *Teresa*, guardiana y habitual abonada al estanque del patio, lo había despertado é correazos, é iba renegando hasta de su existencia. Truán más en flor no puede apetecer el enemigo. En todas las diabluras de la casa tenía el papel obligado. Era en la sacristía el azote de las vinageras y de los candeleros. Él fué quien con una aguja colchonera cosió á la silla las enaguas de doña Sebastiana, una beata sorda con enfermedad de sueño que lo descabezaba en el templo, la que al levantarse y sentir el apéndice creyó se la llevaba Lucifer, y dió tales gritos y experimentó tal síncope que fueron á exorcizarla, haciendo Gorrión que volviera en sí con el vacío en el rostro del caldero del agua bendita. Fumaba como un coracero, y era el espía de *Media-cara* contra la intrusión estudiantil.

—Señor Farulla, le dijo, no principie su merced todavía el trabajo, que tendreis que desmontar del banco y subir las escaleras para el arreglo de un entredicho. He sentido los primeros truenos de la tormenta.

—Alguna de las tuyas, maldecido. Anda y date golpes de pecho para implorar misericordia.

—Los golpes son en otra parte, tío Camemas, y echó á correr, porque el estrépito de los corredores no dió tiempo al casero de darle un pescozón.

Y en efecto, la casa se venía abajo. En la puerta de la izquierda, desgñadas y á medio vestir, tres hermanas que las apodaban las *tres Marías*, y eran doncellas de labor, sacaban unos brazos como manojos de sarmientos, apostrofando á las del cuarto de enfrente con estas palabras.

—Mal criadas, sin educación, guárdense sus va-

sos de noche, y no los pongan en la puerta de ninguna vecina honrada que se ha criado en pañales de estopilla, y con blasones.

—¡Miren que usirías, exclamaba la mujer de un cochero que tenía la lengua de un escorpión. ¿Es conmigo esa música? Pues cuidado, que les espanto la tisis con el soplador.

—Con la que sea, con la puerca que haya colocado en nuestro ángulo ese vidriado.

—Será algún alma caritativa la donante, para que les sirva de depósito del arrebol, saltó la rubia entreabriendo su ventana.

—Vaya usted á envolver la picadura de su contrabandista, desollada, gritó la mayor de las Marías, que llevaba la voz cantante.

—Y á mucha honra, caras de grullas, gritó el valentón. Como sigan las voy á hacer tacos para mi trabuco.

—Guárdelos mejor para los estudiantes, señor valiente, le replicó intencionadamente la Mariona.

—¿Y qué tienen que ver los bachilleres en este lío? prorrumpieron las Isabeles desde su agujero.

—Vaya unas tórtolas, cómo defienden los mendrugos de los sotanas.

Un medio cántaro que fué á dar por cima de la cabeza de las habladoras, lanzado por el robusto brazo de Media-cara, las obligó á esconderse, mientras que Farulla subía con un garrote de almendro, con el fin de poner la paz en la contienda.

—Todo pare, dijo, en que por medio pan se lleve *Orégano* esta vasija al cascajar.

—¿Pero es razonable, maese casero, que personas de tantos principios como nosotras, le contestaban de adentro, nos pongan esos regalos en nuestro tugurio?

—No hemos sido, replicaban las de la quimera, pero al ver esos humos, natural era apagarlos. ¡Vaya unas princesas Micomiconas!

—Orden en el gallinero. Ya me figuro quien será el autor y llevará su merecido. Cada cual á sus quehaceres y hasta otra.

La sentencia pronunciada por el casero sosegó el tumulto, y Media-cara, tomando la manta, se bajó con él diciéndole:

—Ya me tiene cargado de estampas ese rum rum de los estudiantes, y me parece que voy á hacer una que sea sonada.

—Esas son habladurías mujeriles, no hagas caso, que mayores males han de darte para morir.

—Sí; pero tengo que hacer un viaje á la costa, y como las hembras son tan frágiles...

—Tráele buenos vestidos con faralaes y mantones de la India, que los estudiantes poca pringue dan por dos cuartos.

—Allá veremos, me pican las palmas de las manos, y esa no es buena señal.

Despidiéronse los compadres, y ya hubo en todo el día pasto sabroso con lo ocurrido, para conversación de los habitantes.

Llegó la noche, encendió Farulla un raquítrico farolillo ante un cuadro con una estampa del Señor de la Columna, y esperó el toque de las Animas en la taberna de Patricio, para en cumplimiento de su cargo, correr el cerrojo, y echar las dos vueltas de llave de ordenanza en el portón del edificio. Todo parecía en calma, reinaba el silencio en el patio, cuando de pronto se oyeron gritos de socorro, favor al rey, que se mstan, y otros que erizaban los cabellos al más pacífico.

El caso no era para menos, Media-cara, con unos

celos de tigre, se había ocultado al oscurecer sin ser visto en el cuarto de Gorrión, y éste al acecho, le participó que los estudiantes estaban requebrando á la Rubia, la que les había llenado las tabaquerás de la hoja más pulida y aromática. Nuestro hombre los pilló infraganti. Tiró del cuchillo de cortar los fardos, los sopistas de unas medias tizonas, la Rubia se escondió bajo del lecho, y el resultado fué que Antunez recibió un chirlo, y el contrabandista sacó un muslo atravesado con el espadín. Los demás vecinos pusieron iluminación en sus ventanas, que parecían los candiles otros tantos gusanos de luz, y Brazo de Hierro avisó á la justicia, que acudió con toda su corte y acompañamiento.

Cuando el alcalde del crimen terminó el sumario, y dictó todos sus autos y procedimientos, le dijo al tío Farulla, de quien era conocido:

—¿Y tú, nada tienes que declarar, marrullero?

—Nada, señor ministro, pero sí quisiera hacer unas preguntas á usía.

—Habla, hombre, que deseo complacerte.

—¿Es verídica la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo?

—¡Quién lo duda!

—¿Y que lo azotaron?

—Cierto.

—¿Y que lo crucificaron?

—Veritidísimo.

—¿Y por eso se llama la pasión? Pues yo le juro á su merced, salvo el respeto á las cosas sagradas, que Jesucristo no pasó ni pizca, porque no *habitó con vecinos*.

Los Terremotos. (1)

SONETO (2)

Dejar de los bordados la cansera,
al olvido el maestro y el piano,
ir á misa tan solo muy temprano,
y peinarse el *curruco* á la ligera.

Chillar como una rata carcelera
al escuchar el ruido más liviano,
ver rajadas en la palma de la mano,
y hablar del fin del mundo con cualquiera.

Esa mi vida fué, querida Paca,
mientras Granada estuvo de bureo,
y también tuve el novio en la barraca,
y de tertulias hubo un jubileo.

Pues si del terremoto esto se saca,
¡ay que gusto! — *Señor*, otro meno.

El maestro Chisme.

I.

Aflando una navaja de los tiempos de D. Pelayo; se veía una mañana de Junio, en el primer año de este siglo, colocado en la puerta de su tienda de junto al *pillar del Toro*, al bueno de Lesmes Linares, más conocido por el apodo del *Maestro Chisme*.

(1) Año de 1584

(2) Según una individua del bello sexo.

Érase nuestro hombre ya entrado en años, de regular estatura, apergaminado, sin pelo de barba, y con una peluca rubia á semejanza de morrión, que no le cubría enteramente los mechones de blanco cabello que le asomaban por el cogote. Era también muy currutaco en el vestir, y sobre todo la prenda más indispensable en todas las estaciones, un frac de alas de pichón, de color indefinible, pues fué verde en su principio, y ya tiraba á castaño. Un corbatín de cuero forrado de negro, un chaleco amelocotonado, con dos relojes de tapa de cobre en los bolsillos, siempre discordes en la hora, y dijes que sonaban como cascabeles, pantalones ajustados y zapato de hebilla falsa, completaban su atavío, al que se agregaba para ir á la calle capa de cuello de galón y sombrero de tres picos. De estado viudo, le cuidaba una parienta dueña de un figon de la esquina de enfrente, cuyo parentesco no le alcanzaba un galgo, siendo objeto de murmuraciones, ayudándole en su cotidiana tarea un zagalón más pillo que tonto, y á quien vestía de desechos y daba lo caliente por todos honorarios, quedándole para sus *gastos menores* las propinejas de los parroquianos.

La tienda era el baratillo más pintoresco que se puede imaginar. La puerta la formaban unas pesadas celosías pintadas de verde, y en lugar de muestra, dos bacías de hoja de lata columpiándose entre una sarta de muelas y raigones, capaces de poner los pelos de punta al más valeroso concurrente.

Dentro, el mueblaje lo componían dos espejos con marco de papel dorado, sobre otras tantas mesas, unos sillones de baqueta con brillo por el uso, y que por sus cualidades pudieran servir para dar tormento, una estampa de San Sebastián y otra de San Lorenzo, recordando á los parroquianos, que

hubo sufrimientos mayores que los suyos, y los demás trebejos del arte, colgados unos, y en una alhacena con agujeros formando un siete los restantes. Enfrente de los clavijeros de las toallas, un infeliz gilguero en diminuta jaula, y una bien encordada vihuela, á los que llegaba el tufo del carbón del anafe en que se calentaba el agua para la faena, pues de la fría era abundante depósito el pilar que se ostentaba inmediato: completaba lo dicho una mesilla portatil, sobre la que colocaba un tablero de damas, y alguna que otra vez el libro de las cuarenta hojas, para jugar una *malilla* ó *un rentoy* en los ratos de paranza de los días cojos de la semana.

Apenas el Sr. Lesmes, título que obligaba á decirle al aprendigón, hubo concluido de repasar el filo de sus herramientas en una piedra incrustada en un marco de madera de cedro, que atestiguaba le fué regalada por un Señor Arcediano que después obispó en las Américas; como testimonio de su pulcritud y puntualidad, llamó al ayudante y le dijo:

—Rafaelete, voy á despachar la misa, y luego al Sr. Oidor de la *Crus Verde*; termina la limpieza, que es día de bulla, que cumplir con la obligación es el principal deber que nos manda Jesucristo. Ah, mira, llégate en un vuelo, casa de la Sra. Nicolasa (la proxima), y dile que me retienta el dolor, que me prepare para antes del almuerzo un vasito de café, con algo de aguardiente. Y moviendo los faldones del fustraque tomó Lesmes la calle arriba, al volver el oficial de su mandado. No fué muy eficaz este en darle á la escoba, pues la criada de un curial de la calle del Angel, llegó preguntando por el maestro. Era redonda de cara y para los diez y siete años de Rafael, un angel con zagalejo.

—¿No está don Chisme? preguntó. Dígale que mi

amo, el Sr. Telesforo, tiene de pronto que ir como receptor á unos embargos á la Serranía, y no quiere llevar las barbas sucias. Que aligere, que en cuanto despache unas magras, monta en el mulo y nos abandona.

—¿Y no pudiera yo quedarme á tu lado por si te daba susto?

—¡Qué cosas! Así que vuelvas de servir los ocho años al rey, y estés establecido, pudiéramos pensar en junturas. Vaya límpiese las narices, y hasta otra.

Corrido quedó el mancebo, pero se repuso y antes que fuera más lejos, la gritó.

—Memorias á Pedro el Zurdo, el contrabandista.

—Y con mucho de su aquél, añadió la sirvienta, só alfeñique.

Rafael se metió en la tienda á afeitar un devoto, que llegaba con un rosario de cuentas como aceitunas, cuando se presentó entrando de rondón un viejo de enormes bigotes grises y gorra de cuartel, cojeando un poco de la pierna derecha.

Era el Teniente de inválidos D. Rugido de Leon, que moraba en una de las torres de la Alhambra, y á quien á este y sus compañeros denominaba el vulgo con un mote no pronunciable.

—De seguro que no se encuentra en su garita, el señor maestro, dijo con voz tonante.

—Está afeitando á un señor, contestó el aprendiz.

—Eso es, los golillas primero en todo que los que han derramado su sangre por la patria. No verás que ninguno de esos picapleitos, tenga dos balazos en sus extremidades, y una cuchillada en el cráneo como yo. En cuanto llegue, lo rajo.

—¡Ave María purísima! exclamó el beato.

—Y á usarced también y á toda la humanidad en masa, voceó entusiasmándose. Y no puedo irme sin

rasura, que á las doce tengo que bajar á tambor batiente con un piquete de la real fortaleza, para entregar un pliego en la Chancillería.

—¿Y los demás que os acompañan andan también á trompicones? preguntó el mancebo, que conocía que no era el leon tan fiero como se pinta.

—Guarda la lengua sacrilega; rapa barbas, que son leales servidores de Dios y del Rey.

—Por muchos años, añadió santurronamente el del rosario, al levantarse del sillón.

—Vamos, don Rufo, yo os pondré como nuevo, añadió el oficial, tanto que vais á partir los corazones hasta de los alguaciles.

—Si tú me hubieras visto en mis veinte primaveras, contestó pavoneándose, entonces sí que se iban las hembras de calle tras de mi casaca de granadero. Pero han cambiado los tiempos, hoy nos desdennan, nos postergan como trastos inútiles, y parecemos más bien ratas en los cuchitriles de los torreones. Pero esto no será, no lo consentiré. *Arme cedant togæ.* ¿Tú entiendes de latín, Rafael?

—Ni gana, don Rufo.

—Pues esto significa que nos suban la paga, y nos sirvan de balde los artistas. Ea, niño, en tus manos entregó mis bigotes, los más tiesos y peludos de todo el ejército español.

Rafael se empleó en el veterano y solo le ocasionó un chirlo que fué curado con un pegote de telaraña.

Vuelto D. Lesmes, fuese á despachar los recados que le dejaron, y al doblar de nuevo la esquina se encontró con una hembra ya de edad proveyta, pero con las tocas más cortas que lo que la viudez determina, y algo así como de arrebol en los carrillos. Llamábase D.^a Lucía Pantoja, viuda de un escribano por quien aplicaba diariamente sufragios, sin duda

no muy tranquilizada sobre el paradero de su alma, y que en todos sus negocios tenía por mentor al rapista. Aquellos debían no ser pocos, pues menudeaban los cabildos, y como el vejete tenía fama de Cupido, la Nicolasa no las guardaba todas en su armario, por lo que abandonaba las hornillas del bodegón, dejando encomendadas las cazuelas á Santa Ana, y salía á celar á su pariente, dando así justos motivos á que se dudara de la pureza de los cuidados que como patrona le dedicaba.

Aciago encuentro fué el de Nicolasa y la exescribana.

—Vamos, D. Lesmes, le dijo con sorna, que se enfria el gazpacho. Con mucha de la razón le llaman á su merced el maestro Chisme, siempre en conciliábulo con semejantes estantiguas.

—Guarda, silencio mujer de Dios, contestó encarnado como un tomate. Mi señora D.^a Lucía, me consulta de un punto litigioso; y no es para achacar el diálogo á mala parte.

—¿Y desde cuándo ha recibido su merced la borla? añadió la soflamera. ¡Ay Jesus! ya tenemos el licenciado Rapa. Ya se vé, como tanto se roza con los golillas, se le ha pegado la ciencia.

La otra prójima estaba en el parasismo de su furor, tanto que sin poder contenerse, la dijo.

—Vaya á fregar los platos, la maritornes, y respete á las personas decentes, so ridícula.

Si el barbero no toma el partido de irse con la Nicolasa, de seguro hay arañamiento, y mayores consecuencias. Esto no lo libró de un buen pellizco al pisar los umbrales del bodegón, y que le ensartara un responso como de ofrenda entera.

Sin duda después de los manjares se firmó la paz, porque contra todos los cálculos del aprendiz, llegó

su jefe con placentero rostro, y lo despachó como nuevo Mercurio con un billete de satisfacción á la abandonada Dido.

Concluida la fiesta, se llenó la barbería de parroquianos. La parte mayor la formaba gente de pluma; y el asunto del día, la nueva ración de ahorcados que se presentaba la semana próxima, en siete ladrones convictos de muerte y robo en los *Dientes de la Vieja*.

—No faltareis, Lesmes, le preguntó un relator que llevaba la voz cantante en el corro. Desde que representásteis como testigo á la Ciudad, en la ejecución secreta de aquel cuatrero, sois tan necesario como el maestro Pita.

—Si asistí, ó no asistí, señor Jerónimo, á cumplir deberes de buen ciudadano, á instancias de alguien que me está oyendo, no es motivo, le replicó amostazado, de que os vengais con indirectas. Me gusta ver cómo se cumple la justicia en los malhechores, pero mi conciencia no se turba sobre si la sentencia estuvo bien ó mal escrita. Eso queda para los que manejan la pluma.

—Oiga, añadió un portero mayor, y cómo se sacude el aludido. Pero manos quedas, maestrazo, que también se garrapatean causas de amancebamiento y que estaría de ver, una persona tan donosa como la suya, de frac y con la penca en las espaldas.

Estalló una carcajada en el concurso, no siendo menos Rafaelillo, que venía comiéndose una torrija que obtuviera como adealas del mandado, pero el *Chisme*, con la peluca torcida de coraje y la navaja chorreando jabón, se plantó en el comedio de la barbería, exclamando.

—Sepan sus mercedes, que á pesar de mis años,

como maestro de otras, no dejo que nadie se suba á mis barbas, y que hay lenguas sacrílegas, que debieran estar afeitadas de raiz. Sepa D. Timoteo, que yo soy viudo, y no ofendo á los mandamientos, como algunos que mantienen una casa que no es la suya, y á donde van los pavos más gordos, que regalan los litigantes, que quieren saber algo de un auto sin firmar.

Nuevas risas y nuevo tiroteo hasta que se fué disolviendo la concurrencia. Apenas salió el último por la puerta, cuando se presentó un petimetre bien exagerado en su ropilla, que le dijo.

—Señor Lesmes, á seguida rízeme y arregle la coleta, que he de asistir al rosario con mi futura. Como me ponga hecho un Adonis, doblaré la ración de dulces el día de mi casamiento.

—Descuide el señorito Luquitas. Lo peinaré como merece el inmediato á los mayorazgos del Sr. Marqués de Cabrillas, mi dueño. No hay en Granada una casa más sólida y respetable.

Hinchóse el mozalbete con el cumplimento y puso una peseta columnaria en manos del abuelo, y un real de á ocho en las de Rafaelillo, á quien dijo:

—Llégate á los Cuchilleros, á ver si ya está en el cierre de cristales, la señorita Dorotea.

Vino el don con la venticuatria, esto es, la contestación afirmativa con el término del arreglo de los tufos, y emprendió la calle arriba hecho un Reinaldos de Montalvan.

Fueron sucediéndose los parroquianos, y al toque de Oraciones, después de rezadas piadosamente, y encendidos dos quinqués de medias tinieblas, don Lesmes y el tonelero de la otra esquina empezaron su acostumbrada partida de damas, con varios mirrones que con sus cuchufletas exaltaban la bilis de

lós contendientes. Rafaelillo rasgueaba en la guitarra esperando la hora de cerrar el establecimiento, que era inevitablemente al toque de Ánimas, porque como en aquella época no existía, gas, ni casinos, ni restaurants de madrugada, los buenos habitantes se recogían en sus viviendas á la hora cómoda, esperando que Dios echara sus luces á la mañana siguiente.

II.

¡Cómo el tiempo es mudable! Hoy el célebre *maestro Chisme*, no serviría ni para aprendiz de *Monsieur Coupé*, ó de *Barberini*. Al jabón de *Lucena* rayado en un pedazo de hoja de lata, suceden las bolas de *Brillant Savarin*; los polvos de arroz amarican al sexo fuerte; hay máquinas para recoger los residuos del cabello, é inhalaciones de agua de colonia, á usanza de las que soplan en las gargantas de los tísicos; y solo falta, que ya vendrá (¡pues no faltaría sinó que faltara!) *el faire la joué* cual los franceses, estucando la cara como los Santos retocados.

Acatemos los altos destinos de la época; que de aquel *Figaro* de guitarra y redecilla, han hecho un *artista* con blusa blanca, que *ó la dá por flamenco* ó por *Zaraza*.

El acólito Fermín.

LEYENDA GRANADINA. (1)

I.

Sobre una loma empinada
de olivares rodeada
que baja á un valle riente,
donde se aspira extasiada
aura dulce y grato ambiente,

Se descubre un edificio
de belleza y magnitud,
de Cristo para servicio
y en bienes el más propicio
de aquel *valle de Salud*.

El *Sacromonte*, en su altura
se elevan preces al cielo
que expresan la fé más pura,
y es de Santos sepultura,
y de los pobres consuelo.

Del claro sol los fulgores
le dá sus rayos mejores,
corre en la hondonada el rio,
y las gotas de rocío
se hacen perlas en las flores.

En su arena se aquilata
oro puro por semilla,

(1) Premiada con la flor de plata en el certámen público del Círculo de la Oratoria en 1888.

y la onda de nívea plata
cual fiel espejo retrata
los cármenes de su orilla.

Y en la verde avellanera
que en noche el día resulta,
vaga sílfide hechicera
que de la alegre pradera
huyendo á la luz se oculta.

Bien el Supremo Hacedor
colmar de sus dones quiso
el paraje encantador,
ya el árabe trovador
le llamaba el Paraiso.

Y aún en la noche callada
se dejan casi escuchar
ecos de lira encantada
que saludan á Granada
en la lengua de Alhamar.

II.

Pero vamos al asunto:
de las siguientes razones
no pierdan coma ni punto;
que han de alegrarse barrunto
solteras y solterones.

En remota antigüedad,
que la fecha no hace al fin,
nombró acolitó un abad,
á un jóven de calidad,
que se llamaba Fermín.

Años, diez y nueve abrilés,
bella cara y poco bozo,

los pies y manos sutiles,
y en conjunto y en perfiles,
lo que se llama un buen mozo.

Con aires de caballero
cuando la sotana agarra
no cabe en el mundo entero,
y es tocador de guitarra,
y bailaror de holero.

Y á veces cuando despierta
el son del alba á los fieles,
con gran tino y mano cierta
echa rosas y claveles
en toda ventana abierta.

También componer solía
coplas de argumento vivo
que luego oculto escribía
en el papel del archivo
de la sagrada Abadía.

Era adorado de todos
y de la iglesia donaire,
no hubo de reñirle modos,
pues excusas y acomodados
me los pintaba en el aire.

Cuando salmos se entonaban
con el sacristan en duo,
sus acentos encantaban,
y las mozas contestaban,
et cum spiritu tuo.

Solo á las viejas odió
siempre en perpétua quimera,
y á una que el sueño rindió,
amarrada la dejó
del púlpito en la escalera.

Y á un beato estrafalarío
que pretendió hablarle mal
sobre cuentas de un rosario,
le hizo con el incensario,
insignias de cardenal.

Con hazañas como estas,
tan listo y echado al barro,
era el galán de las fiestas,
y el bravo, desde *las cuestras*
á la *Carrera de Darro*.

III.

Con torre que el tiempo inclina,
dura puerta y fuerte aldaba,
gótico escudo en la esquina,
un edificio se alzaba
en el *Peso de la Harina*.

De un hidalgo era mansión,
y séres en él cobija
de distinta condición,
porque el padre era un leon,
y una gacela la hija.

Nunca se vió tan hermosa
doncella que al vulgo asombre,
alta, esbelta, primorosa,
encarnada cual la rosa,
y que era *Rosa* su nombre.

Tipo ideal, peregrino,
que por providencia rara
brota el suelo granadino,
y que se mezcla en su cara,
lo humano con lo divino.

Ojos de amor reverberos
en que concentradas luchan
la lumbre de los luceros,
cual tienen las que me escuchan;
¿no digo bien, caballeros?

Tal era la niña, en fin:
con vigilancia exquisita
guarda el padre el serafín,
mas dióla el agua bendita
una mañana Fermín.

Y amor que no oye á razones
y se le importa tres bledos
las humanas convenciones,
con el tacto de sus dedos
inflamó sus corazones.

Y aunque el padre enfurecido
redoblara sus enojos,^o
al más ligero descuido
de puntillas y sin ruido,
se corrían los cerrojos.

Lo escrito ha de suceder:
hay un refrán de valer
que lo afirma y es creíble,
que el guardar á una mujer
es una cosa imposible.

Ya el amante venturoso
se ocultaba en los rincones
del edificio piadoso,
á descifrar cuidadoso
los femeniles renglones.

Y cual práctico escogía
por sitio de amantes nuevas
un peñasco que existía,

lejos de la Sacristía,
en el muro de las *Cuevas*.

Allí loco se entregaba
á la dicha que soñó,
y hasta á gritos se expresaba,
y ciertas veces creyó
que la piedra contestaba.

Si fuera por arte insano
que cada cual lo colija,
Cupido es rey soberano;
y una noche de verano
se halló el padre sin la hija.

Fueron las dudas más ciertas
de oculto postigo al ver
entrambas hojas abiertas;
que siempre fué de temer
una casa con dos puertas.

El vulgo el suceso ahonda
narrando cuentos á miles,
y á buscar dónde se esconda,
ácude en masa la ronda,
y escribanos y alguaciles.

Achacándose al amor
tan horrible maleficio,
el señor Corregidor
se fué en busca del autor
al respetable edificio.

La curiosidad es mucha;
cada cual grita y se achucha
corriendo á tontas y á locas;
más de repente se escucha,
como el juntarse dos bocas.

Ante tan extraños ruidos
acuden despavoridos,

¡y oh colmo de sensación!
se los encuentran reunidos
y abrazados al peñón.

En tan extraño suceso
se echó el alcalde á pensar
cómo instruir el proceso;
¡vaya usted á adivinar
en dónde daban el beso!

Ellos con la peña dura
contaban en su amargura;
que en este siglo y entonces
es una cosa segura
que amor ablanda los bronces.

Y así sucedió; al verdugo
que solo su vista espanta,
hacer otra cosa plugo,
y fué con el santo yugo
apretarles la garganta.

No me choca la sentencia,
pues hay autor de conciencia
que dejó bien demostrado,
que á veces en el pecado
se lleva la penitencia.

Hubo, pues, boda y festines,
y asistieron padres curas,
é hidalgos de los confines,
con ramos y confituras,
y músicas y violines.

No pudo el fuerte desvelo
tener más cristiano fin,
volvióse la casa un cielo,
y el padre llamose abuelo,
y el muchacho, *don Fermín*.

IV.

Cunde la fama doquiera
la historia del matrimonio:
¡cuánta muchacha soltera
mejor besarla quisiera
que rezarle á San Antonio!

Son pareceres que escucho
de largos tiempos atrás;
pues hay quien sostiene ducho,
puede una súplica mucho,
pero un beso logra más.

Desde entonces nadie saca
al vulgo de su opinión,
y no hay mujer gorda ó flaca,
que no sueñe con *casaca*,
al arrimarse al peñón.

¿Achacan mi dicho á errores?
pues suban, que los señores
no lo tomarán á agravios,
y sin dudas ni temores
aprieten con fé los labios.

Y del peñasco fecundo
verán les sale de pronto
un marido sin segundo,
rico, saludable y tonto,
es decir, la fin del mundo.

Supongo habrá quien comprenda
que el caso no trae malicia,
mas es necesario entienda,
que si es mala mi leyenda,
es muy buena la noticia.

Un campo á la antigua. (1)

Era el último día del año de 1779, y un sol espléndido y un suelo enjuto por no haber hecho de las suyas el siempre lluvioso Diciembre, convidaba á los buenos artesanos de la todavía no muy noble y muy leal ciudad de Granada, á solazarse por su anchurosa vega, y á seguir la antigua costumbre de irse de campo á las caserías, donde únicamente el olor de las provistas bodegas, estimulaba aquellos apetitos de Gargantua.

Lucas Sanchez, conocido más bien por el apodo del maestro *Porra-vieja*, era un carpintero de basto, que tenía su habitación y taller á la salida del Arco de Elvira, siendo muy conocido y murmurado de sus colegas, por sus manías y sus extravagancias. Cuentan que no usó jamás cinta ni cartabón, pues tomaba las medidas á buen ojo, ó sirviéndose para ello de sus remos. Una tarde que salía de la tienda de una parroquiana, de estipular el añadido de basares en una alacena, se notó que llevaba en cruz los brazos exclamando;

—«No tocarme, que así es la longitud de la pieza.»
Oirlo y juntárselos por detrás el chusco del barbero de la esquina, fué lo bastante para que hubiera puñadas y demanda de indemnización de daños y perjuicios. Detestaba los perros, y más de una vez á pe-

(1) Este artículo con los anteriormente publicados, «Á el Gallo» y «La Casa de las Ánimas», forman la colección premiada por el Círculo de la Oratoria en el certámen de Junio de 1887.

sar de sus canas, vaciaba el cazo de la cola sobre los lomos de los ladradores, que hufan de su puerta como en mañana de sábado de Gloria. No tenía prole, pero era abundante en sobrinos. Su esposa, *Doña Manuela*, que por ser hija de un alférez de provinciales, sostenía tener derecho á nobleza, y aunque pintada de viruelas y poco pobladas las encías usaba mantilla de tafetán con festón de blonda, saya de anascote, y hasta guardainfante cuando repicaban recio, acogía la parentela, y casi no había rincón donde no la apellidasen comadre. El cónyuge había ganado un terno á la lotería de los cinco números, y este era un motivo más que suficiente para celebrar la pascuilla y el nuevo año. Media res, que el *Chulo*, matutero de conciencia de la calle Real, les proporcionó hasta con su trozo de asadura, sirvió de base á la merienda, y los demás adherentes, como chorizos con bastante picante y unas sardinas con honores de granadero las trajo el esposo con un costal de higos alpujarreños, y sus dos quesos legítimos de la Mancha.

No bien se acabó la misa mayor en San Ildefonso, cuando los anfitriones en unión de cinco chiquillos de diferentes edades y sexos, de Timoteo, el hermano más antiguo *del Pecado mortal*, y de Lesmes, el antecesor de *Malaguilla*, en la presidencia del banquillo infernal de la *Acera de los Vatientes*, se dirigieron por el *Puente de las Campanas*, al camino de Jaén, buscando seguro puerto en una de las plazuelas que en la casería de la *Sartenilla* existían para recreo de los infinitos adoradores de Baco. No era largo el camino, pero Toñete, el mayor de los sobrinos de la Manuela, quiso andar por el pretil, dando con su cuerpo en la arena, y gracias á que el *Beiro* tiene el nombre de río por mote, salió el chicuelo

sin otro contratiempo que el de un porcino como una nuez en la frente, que le obligaba á chillar con todas las fuerzas de su garganta juvenil. El pariente tuvo que llevarlo en brazos, y entre los demás se repartió de la mano á la restante tropa menuda, para evitar otro fracaso en el trayecto. Como es de rúbrica, empezó la murmuración, y el zapatero Lesmes, decía al Timoteo.

—Ya vá el maestro con la cruz á cuestras, y á nosotros nos toman como á Cirineos.

—Pues yo, le replicaba el de las saetas á media noche, en hartándome esta mona que me han colgado de la muñeca, la tiro á un zarzal, aunque se pierda la merienda, el conocimiento y la improsulta.

—Lucas, decía la presidenta del sarao, á su marido, acaricia al niño y promete comprarle un bollo si calla.

—Sí, mujer mía, sí lo prometo, que el bollo pega muy bien con el coscorrón. Y luego añadía para sí, lo que yo le ofrecería es una zurra de azotes con unas disciplinas de siete nudos.

Sea que el chicuelo lo entendiera, ó que un pellizco improvisado atarazara sus carnes, lo cierto es, que empezó á dar tales berridos, que ablandó las lágrimas de sus hermanillos y el coro se hizo general, dando ocasión á que Lucas lo colocara de golpe en el santo suelo, y que en unión de Lesmes y Timoteo, apretara los talones perdiéndose de vista.

Allí podían oirse las exclamaciones é improperios de la Doña Manuela, su enojo cruento, y su propósito de tomar enérgica venganza de aquellos Eneas que así abandonaban á su Dido, no en una playa solitaria, sino en el polvoriento, y nada limpio camino de Jaén. La primera orden que dictó su omnipotencia fué la de que *Perote* el mandadero, que en un ám-

plio capacho llevaba las provisiones, y que era simple de apariencia, pero más truhan que los que por tonto le calificaban, se volviese á la tienda, dejando *in aspergis* á los huidos y á los convidados. El tagarote puso un gesto de condenado, pero no fué menester de su intervención, pues los chiquillos entendiendo que se aguaba la fiesta, cesaron en sus lágrimas y dolores, y empujando al de la carga, que no se hizo de rogar, siguieron las huellas de sus mayores, sin obedecer las intimaciones de la matrona. Ni un basilisco tenía comparación con ella. Lágrimas de coraje surcaban sus arrugas, cuando acertó á incorporársele una de las familias convidadas, que se componía de D. Jerónimo el albeitar y su hija Marcelina. Este era un viudo fresco, que visitaba á menudo á la carpintera, y que se prestó solícito á consolarla, en unión de la mocita que esperaba sacudir los remos bailando, y que de todo quería menos el regresar á su vivienda. La doliente se apoyó en el robusto brazo del mariscal, y así hizo su entrada triunfante por la puerta de la finca. Joselito, tejedor de felpas, y famoso tocador de guitarra, era el encargado de amansar las iras femeniles, y las esperaba en la plazuela, en unión de Pablo Nuñez, cabo del resguardo y su esposa Robustiana, á quienes seguían otras mozuelas y mozuelos, cuyas fisonomías respiraban contento.

—Vaya, Sra. Manuela, exclamó el guitarrista, esto ha sido una broma de maestro; ya se vé, quien con niños anda, el refrán lo dice, pelillos á la mar. y á divertirnos como Dios manda.

—Eso, eso, exclamaron en coro los concurrentes, La aludida respondió con majestad.

—Por hoy paso por todas. No se hable más de ello. En cuanto á mi señor esposo, yo me vengaré

como debo de una acción tan inicua. Y como pidiendo parecer ú otra cosa que no queremos descifrar, miraba atentamente al albeitar que enseñaba unas mandíbulas de tiburón.

Calmadas las iras, y como panacea de los disgustos, circuló la botija con el *abocado de color*, y á los tres ó cuatro envites, ya nadie se acordaba de la anterior escena.

Y en verdad que el paisaje respiraba alegría. La vista se dilataba ante un risueño panorama de sembrados y olivares, de viñedos y de rústicos jardines, que una temperatura agradable hacía aún más placentero.

Los tres amigos se pusieron en un ribazo á jugar á la ronda, los chiquillos á revolcarse entre las cepas, y la gente jóven, presidida por D.^a Manuela y su acompañante, se prepararon á echar sus coplas y mudanzas. Joselillo rasgueó su vihuela, y cuatro parejas se pusieron en facha. A la hija del veterinario la rondaba un oficial de la atarazana, y á otras muchachas otros jóvenes de su edad. Así es, que no permanecían ociosas. El tocador, principió, como quien dice, el queso gorgeando la siguiente:

«Quiéreme, niña, que soy
tejedor de lienzo fino,
y una peseta que gano
la necesito de vino».

Todos rieron la ocurrencia, pero á una de las chicas debió escocerle, porque respondió:

Los mocitos que hoy se estilan
son muy amigos de bodas,
siempre que les den cigarros,
los mantengan y los cosan».

—Esa es la pura verdad, afirmaron las hembras en el instante.

—*Se cayó*, decía Lesmes arrojando con grande brío una carta.

—¡Otra vez mi Toñuelo! exclamaba la Manuela al levantarse.

—No señora, le respondió D. Jerónimo, es un caballo que se ha subido sobre otro.

—Estoy tan nerviosa, que todo me asusta. Niñas, darse un abrazo y que sigan las coplas. Dispongo que todo el que no cante una, queda privado de beber vino en toda la fiesta.

Terrible era la penitencia; así es, que inclinaron la cerviz ante la dictatorial D.^a Manuela.

—Pues usted principia para darnos ejemplo, le contestó Joselito rasgueando su guitarra.

—Es de justicia, le corresponde, exclamó el concurso.

—Pues allá va, dijo la aludida.

«La mujer que no ha tenido
un esposo carpintero,
no sabe lo que es ayuno
ni tampoco andar en cueros».

Como si le hubieran puesto una banderilla en los lomos, soltó el maestro dando grandes alaridos la respuesta.

«Habrá ladrón que se case
para verse como yo,
sin pretina en los calzones,
sin cuello en el camisón».

—Bien por los amantes de Teruel, donde las dán las toman, y no hay que afligirse por eso, Señá Manuela, le añadía el guitarrista.

—Cero y ván dos, contestaba esta, á la noche nos veremos.

El del Pecado mortal consumió turno, endilgando la siguiente saeta:

«Una costurera miro
que gasta tacón dorado;
si lo gana con la aguja,
vaya usted á averiguarlo.»

Había en el concurso una del oficio, y muy quemada cantó:

«El vino pone á los hombres
si son cobardes valientes;
las mujeres los amansan
con dos bultos en la frente.»

Movióse un chillerío, pero los pacíficos intervinieron, y Lesmes siguió la rueda.

«Yo he visto un hombre llorar
á la puerta de un estanco,
que también los hombres lloran
cuando les falta tabaco.»

—¡Eso es, viva el *tabaco negro*, y las *corachas*, y las contrabandistas, y ahora D. Jerónimo.

No podía excusarse, y para aclarar el tragadero sorbió medio jarro, y dijo:

«Las muchachas de mi barrio
que se asustan de un ratón,
y no se asustan de un fraile,
siendo persona mayor.»

—Ya metió la pata el médico de los burros, afirmó el Timoteo; veremos ahora su hija.

«No te enamores, bien mio,
de ningún hombre del campo;
que en cayendo cuatro gotas
en el rincón está el gamso.»

Tal para cual, *talis pater, talis filius*, añadió el aniero en su latín de cocina.

El novio de la Marcela entró en corro.

«Quiérela que es muy bonita,
quírela que es costurera,

quiérela que saber hacer
camisones con chorrera.»

—¿Y nada más que eso? Vaya, otras habilidades tiene, afirmaba el tocador que fué presunto antes que el de los tejidos.

Pero la mujer del cabo del resguardo no perdió ripo, cantando.

«Aquel que tiene una pava
y no la guisa en cazuela,
aquel que no bebe vino
viene el diablo y se lo lleva».

—Ole, esa es mi costilla, gritó el Nuñez, la mejor cocinera que existe bajo los cuatro reinos de Andalucía.

—Cuando hay que guisar, murmuró por lo bajo el zapatero, á quien le constaba muy á fondo el estado de las hornillas del empleado.

—Ya no queda más que Pericote, que eche también su cuarto á espadas.

Para animarlo le dieron un gran sorbo, y concluido abrió la boca y con gran sorna les berreó.

«A mí me llaman el tonto
el tonto de este lugar,
todos comen trabajando,
yo como sin trabajar.»

La filosofía de la copla obtuvo grandes aplausos, y sirvió de postre á la primera parte de la función, pues los estómagos excitados con tantas libaciones, pedían el necesario alimento.

Diéronse los hombres á buscar sarmientos y ramas secas por las cercanías, encendieron la lumbre, y las mujeres remangados los codos calentaron las provisiones. El apetito era descomunal. Los chiquillos metían las manos en las ollas y les relucía el hocico como si los hubieran barnizado. Sobre una cos-

tilla que el albéitar alargó á D.^a Manuela y que esta no podía roer, hubo sus pullas entre el del resguardo y el zapatero, que sentaron muy mal á Lucas, y que por poco no vuelca la cazuela.

Los novios cambiaban finezas enseñando los dientes de gusto, y las madres por lo bajo pellizcaban á sus hijas para que no se amartelaran tanto, por más que el espíritu alcohólico tenía más parte en el lance que las flechas de Cupido. Una ensaladilla de *bacalao* que picaba, y el queso que no hacía menos papel sirvieron de postre, y para calmar el escozor fué necesario acudir á la bodega, cuya saca subía ya por azumbres. Dice el refrán que estómago satisfecho no quiere guerra, y así es que todos los rostros reflejaban ventura, y hasta los chicuelos estaban convertidos en pequeños buitres. Fué necesaria toda la fauenda de Joselito para mover la gente, y que los más formalotes que se habían tendido á la larga, se pusieran á jugar un *ventoy*, y la parte más bulliciosa al clásico é inolvidable de las cuatro esquinas, sirviendo de estas los más corpulentos olivos.

Pronto fué necesario suspenderlo, pues las madres se quejaban de que en los cambios de sitios se daban demasiados encontrones los jóvenes de ambos sexos, ocurriendo además que uno de los chiquillos que era la piel del diablo, se enredó entre las piernas de la Marcelina y hubo manifiesto sin órgano. Sobre la limpieza de los cenojiles se murmuró algo, y ya su caballero andante el tejedor requería la navaja de cachas negras, cuando la jefa propuso que para descansar de las carreras, se hiciese un juego de prendas. Aprobado por unanimidad, todos lucieron sus agudezas, pagando los torpes, y siendo sentenciados á distintas penas. El albéitar condenado á fingir el rebuzno, lo hizo tan á maravilla que fué res-

pondido con entusiasmo por las recuas que atravesaban el camino, siendo aplaudidísimo por el auditorio. Ya el sol escondía sus rayos, y un fresco más que regular indicaba la búsqueda del abrigo, cuando se dió la orden de marcha. El tonto cargó los trebejos, pagóse el consumo y en esto sonaron á lo lejos las Oraciones, que se rezaron devotamente.

Iba á acabarse la fiesta en paz, cuando el maestro, que quería lucir su rumbo, propuso pagar la convidada de un rico aguardiente que había salido aquella mañana del alambique. Quién se niega á casos de honra, y tomar la *espuela* es de rigor entre cofrades de la bota. Lo malo fué que la espuela se convirtió en espolón, pues el líquido tenía hartos grados, y era bebido en las tazas vidriadas del vino, á las cuales bien les cabía una cantidad considerable. Al principio todo fué jolgorio, pero á mitad del camino empezó el postre á hacer de las suyas, y hubo hembras que se *fueron á Úbeda*, y hombres que se acostaron en las cunetas. El del Pecado mortal se indispuso con el albéitar, y este le hinchó un carrillo que parecía las cuatro caras del dios Jano. A *Porra vieja*, por separarlos, le lastimaron un brazo, y tuvo que refugiarse con su esposa, que se encargó de gobernarle el otro, clavándole un afiler de á ochavo. El buen Lesmes se acordó de que llevaba liado á la cintura el lirapié, y la emprendió á correazos con los párvulos, que le respondieron á pedrada limpia. Una de las mozuelas no parecía, ni tampoco el galán, y la madre levantaba el grito al cielo pidiendo favor á todos los Santos y dando ocasión con esto y con lo otro, á que llegaran á San Isidro muy cerca de las Ánimas, yendo varios á dormir la mona á la prevención, mientras nuestro bien poderado carpintero conquistó la demanda de divorcio, porque al llegar

á su puerta en el parasismo del dolor, cogió á la Manuela del cuello dándole tal encontrón con la alda-ba, que el último colmillo fué á perderse en los espacios, y sus ayes notificaron á los vecinos el término y desenlace de aquel *día de campo*.

Un bautizo. (1)

CUADRO DE ANTIGUAS COSTUMBRES GRANADINAS.

Dauro tiene prometido
el casarse con Genil,
y le ha de llevar en dote
Plaza Nueva y Zacatin.

Copla popular.

I.

Nueve meses van delante
que dejó de ser soltera,
y ya Inés la lavandera
ha dado á luz un infante.
En el *Corral del Carbón*,
de la madre domicilio,
hay por la tarde concilio,
y por la noche función.
Y aumenta lo extraordinario
y está la casa intranquila
al ver lo saca de pila,
el sochantre don Macario.

(1) Composición premiada con un objeto de arte en el certámen de la Sociedad Económica año de 1888.

No es el caso peregrino,
 pero afirma la Pilar,
 que el niño tiene un lunar,
 idéntico al del padrino.
 Y es que el vulgo no conoce,
 que eso doquiera se topa;
 si ella le lava la ropa,
 ¿no ha de existir algún roce?

Yo, huyendo del qué dirán,
 únicamente aquí estampo,
 que el marido era del campo,
 y se llamaba Juan Juan.

II.

En una sala de bóveda
 pajar y cochera antaño,
 purgatorio de ratones
 y paraíso de gatos,
 con una puerta torcida
 y una ventana de arco,
 con rajadas donde penetra
 el viento, sin gran trabajo,
 se miran tres divisiones
 de alcoba, cocina y cuarto,
 hechas con restos de toldos,
 de cuando pasa el Viático.
 En la primera estación
 hay una moza de cántaro,
 en su cama de cordeles
 que levanta cinco palmos.
 Y aunque el túmulo vistoso
 más que de lana es de esparto,
 rojiza colcha de indiana
 lo cubre con ringorrangos.

Los encrespados cabellos
 lía en pañuelo de cuadros,
 y almidonada chapona
 la deja enseñar los brazos.
 A su lado está Matea
 muy práctica en estos casos,
 que aunque carece de un ojo,
 de lengua tiene dos tantos.
 Juana la ribeteadora
 y la casera Rosario,
 barren, golpean y pulen
 los pocos y endebles trastos.
 Perico el contrabandista
 está yá de tiros largos,
 pues figura de testigo
 con el miguelete Santos.
 Y muchachas como ángeles
 y viejas como diablos,
 y un enjambre de chicuelos
 se aprestan al agasajo.
 Con esto dá la Oración
 y llega el compadre ufano,
 marchando la comitiva
 á la iglesia del Sagrario.

III.

Las luces resplandecientes
 alegran, ecos potentes
 órgano y campanas dan,
 y llenan los concurrentes
 la capilla de San Juan.

Mucho á la comadre inquieta
 verse con tales trabajos,
 y de su misión repleta

se ha puesto lienzo en los hajos,
para armar una goleta.

Mas pronto enojo ha sentido
y dá al concurso la espalda
poniendo el gesto torcido;
y es que el buen recién nacido
le ha perfumado la falda.

Á Margarita acomete
de curiosear agobio
y tanto se empina y mete,
que se cae haciendo un siete
en la capa de su novio.

La traviesa de Consuelo,
que donde vá causa estrago,
por alumbrar con más celo,
casi le chamusca el pelo
al infeliz del monago.

Y acrece la comitiva,
y el diálogo se aviva,
y en tamaña confusión
no hay moza que no reciba
ó pellizco ó apretón.

Silencio el Preste reclama;
y se oye su voz tan solo,
por su nombre al niño llama,
y al *quis baptizare?*

— *Volo,*

á grito el concurso exclama.

Una sencilla criatura
que de la madre asegura
ser otra amiga leal,
dice:—por Dios, padre cura,
apriete usted con la sal.

No le parece al mamón
este bocado ambrosía,

pues chilla como un ratón,
mientras que la procesión
se vuelve á la sacristía.

Ya en la puerta se promueve
escandalera horrorosa,
porque asegura la plebe,
ha sido la *roña* breve
y con *moneda facciosa*.

Por fin se olvida el ultraje
y cesa en la casa el susto,
y al cambiar al chico el traje,
ríe la madre de gusto
y él berrea de coraje.

Dá agasajos el padrino
cual corresponde á su rango,
y en confuso torbellino,
los hombres le piden vino,
y las muchachas fandango.

El, ante todo, afanoso
de cumplir su obligación,
cuida á la enferma celoso,
y ordena vaya el esposo
á presidir el salón.

IV.

Rascando un violín que chilla,
y la guitarra otro ciego,
se ha formado desde luego,
una orquesta á maravilla.

Las mozas ya en derredor
adelantan el pié breve
y su cintura se mueve
cual mece el aura á la flor.

Un texto sentimental

una morenilla canta;
los ecos de su garganta
tienen algo angelical.

A la amorosa querella
un jóven con ardimento
responde así en el momento
á la trova de la bella:

—«Cuando me llamen á juicio
»tenemos que ir los dos,
»porque tu tienes la culpa
»de que me condene yo».

Baten las palmas de gozo
á estos cantares sencillos,
y repican los palillos,
y redobla el alborozo.

Y principian á mudarse
con figuras primorosas,
y ellas muestran unas cosas,
que no son para contarse.

En un descanso, circula
el rosoli y la arropía,
y un matón con cortesía
brinda una almendra á su chula.

Mientras hecho una jalea
Lucas, que amor atortola,
parte un bizcocho con Lola,
sin que la madre lo vea.

Y el barbero *Desazonas*,
siguiendo antiguos resabios,
mete á la Luisa en los labios
medio ciento de piñones.

Tambien á Talia plugo
prestar á la fiesta ayudas,
saliendo al corro dos judas,
á hacer de Pancho y Mendrugo.

Una bota nada rota
forma el papel principal;
ellos lo dijeron mal,
pero apuraron la bota.

Gustoso el ejemplo fué,
porque lo imitaron todos,
que en esto de alzar los codos,
es moda desde Noé.

Y el tinto y el jerezano
entre sus bocas se encierra,
como se bebe la tierra
una lluvia en el verano.

Sigue el jaleo sin tasa,
el compás ya pierde punto,
y va formando un conjunto
que hace retemblar la casa.

Y á vuelta de algún donaire,
inculta palabra suena,
y casi se vé en escena
como una silla en el aire.

De repente en un rincón
se oye ruido no sutil;
es que han trepado un candil
de una vieja en el mantón.

Y un díscolo que se altera
y siempre á todos provoca,
al tocador le coloca
la guitarra por montera.

Mientras de la sala al fin
en un contender eterno,
una suegra con su yerno
mueven la de San Quintín.

Baco les pierde el decoro
y no saben donde van,
porque ya todos están

entre Pinto y Valdemoro.

La madre, afligida llora,
las hembras huyen de espanto,
y se vuelven baile y canto
el rosario de la Aurora.

Movióse la grande cisma;
de pensarlo me horrorizo;
si el chico tuvo bautizo,
también expuso la crisma.

Fué tan rudo el alboroto,
que áun de escondidos rincones
sale gente á los balcones,
creyéndose un terremoto.

El alcalde á cada cual
por sus méritos corona,
los más á dormir la mona,
los menos al hospital.

Con tan diversos destinos,
la ley el conflicto salva,
mientras despuntando el alba,
se sosiegan los vecinos.

V.

Resúmen de la función:
padrino, bolsa exprimida,
calenturas la parida,
y el esposo, otro chichón.

Los ingleses en el Albaicín.

I.

Cuando florecen los alelíos, á impulsos de las templanzas primaverales del mes de las lluvias, las golondrinas africanas dejan los patios de las ciudades rifeñas, y desde los minaretes de Fez y los azahares de Tánger, vienen en rápido viaje á ocupar nuevamente sus nidos en las casas moriscas, pizando de alegría al verse descansando bajo un cielo igual al de su patria. Y muchas, las que en años anteriores nacieron bajo los aleros de las iglesias cristianas, enseñan con orgullo su endeble cuna á sus compañeras, como indicando la supremacía de los templos de la Cruz á las mézquitas del Profeta.

Y las buenas mujeres de los barrios granadinos, encargan á sus traviosos chicuelos que respeten aquellas casitas de barro que penden de los techos, pues creen piadosamente que fueron estas aves quienes con su afilado pico arrancaron al Señor en el Calvario las duras espinas de su corona de martirio.

Y cuando llegan como señalando el buen tiempo, son precursoras de la aparición en la Alhambra de la multitud de extranjeros que en esta época del año hacen su peregrinación á contemplar la Sultana destronada, que aún conserva desde remotas generaciones la palma de la poesía, de las flores, y de la tradición.

II.

Estos eran tres, no dos polacos y un inglés, como dice el cuento; sino todos nacidos bajo las nieblas del Támesis, con talla de granadero, estómago de buitre, espíritu de judío errante, y bolsa bien repleta. El mayor, Jones, procedía de la *City* y Henry y Edvars de *Haupton Square*. Libres de cuidados, y solteros por añadidura, resolvieron un viaje á España, para analizar debidamente sus vinos que tanto les encantaban, no olvidando en el itinerario la consiguiente romería á la Alhambra. Hartos de Jeréz y de Manzanilla de Sanlúcar, llegaron á la fonda, y después de dormir catorce horas de un tirón, acordaron unánimemente al despertar tener para aquella noche una *juerga de gitanos*. Este espectáculo era uno de los principales alicientes de su viaje á esta ciudad, pues un compatriota suyo á poco más pierde el juicio ensalzándoles la fiesta, y sobre todo los primores de la Maruja, una gitainilla hecha con el barro que sobró de fabricar los aviones, y que por lo tanto contrastaba notablemente con las blanquísimas *Miss* de su territorio.

Nuestros hombres conversaron largamente con Pepillo el intérprete, que era una alhaja fabricada en talleres malagueños, y después de larga discusión determinaron que la broma no había de ser en sus habitaciones, sino en el mismísimo palacio morada de aquellas hourries de hollín, porque lo inglés legítimo era buscar á la leona, en su madriquera.

Pepillo les indicó que eso subiría el tanto del ajuste, á lo que respondieron enseñando sus bien provistas carteras, y obviada la dificultad, tras de mu-

chas conferencias del lebrél con *Chorro de Humo*, la luna llena les alumbró la subida de la *cuesta de los Yesqueros*, para descansar bajo una poblada parral, que cubría la entrada de una espaciosa cueva abierta bajo la protección de la elevada torre de la iglesia de San Cristóbal. Allí despidieron al mandadero, que iba convertido en almacén ambulante de alcohol, y los cuatro tomaron asiento en un poyo de ladrillo algo húmedo por las fricciones de que había sido desusado objeto.

III.

Chorro de Humo, era un *castellano nuevo* de los de más rumbo y prosapia en el preciso arte de los esquiladores. Ninguno como él formaba dibujos y grecas en el cuello y cola de las bestias, y amansaba hasta las más cocedoras, con ciertas medicinas y ataderos cuyo secreto no quiso dar á conocer. Había estado contra su voluntad en Melilla, por haberse llevado sin permiso del chalán un potro cartujano, sin duda para adiestrarse en la equitación. Tenía ya más de sesenta años, y habitaba con su mujer, una sobrina y dos nietas, todas casaderas, y un yerno herrero, por nombre el Pulido, esposo que fué de su hija única, que murió cuando estaba con el grillete. Ambos varones tocaban más que medianamente la guitarra, y la *Peporrilla*, y las hermanas *Sección* y *Frascueta*, cantadoras por endé, formaban un cuadro lírico y bailable para los extranjeros. Así es, que estaban acomodados, y el abuelo, á pesar de su licencia africana, era un oráculo para los de su gremio.

Toda la tarde estuvieron las mozuelas adobando

el portal y la placeta, trasladando los irracionales que habitaban con ellos en amor y compañía á otra cueva próxima, y cuando sonaban las Animas ya estaban las chicas, de falda corta y pañuelo al talle, y un jardín de rosas en los tufos, y los hombres con el camisón de chorreras, el calañés de borlas, la faja de veinte y cinco colores, las botas de clavetes y la ropilla llena de birlangos y de botones de dos reales y cuartillo.

Excusado es decir, que el vecindario gitanesco, conmovido por la solemnidad, ocupaba las avenidas, y los chicuelos en trajes de Adán y como pelotas de cerote, tenían que ser rechazados por el presidente con aquella vara mágica que hacía en los cuadrúpedos el milagro de que anduvieran al trote largo hasta los tullidos.

Cuando les avisaron que venían los estrangis, formaron el corro y al desembocar la grandeza, les tocaron marcha de infantes con acordes de la *Pitita* y del *himno de Riego*. Dobláronse las luces en los candiles, y las hembras dieron un repiqueteo á los palillos con el mismo eco que si fueran una docena de tostadores de castañas.

Conmovidos los ingleses de aquel recibimiento demostraron su figura descubriéndose, y para mayor decoro empuñando cada uno dos botellas, cuyo líquido consumió en un santiamén el auditorio. Principió la orquesta, y después de hacer palmas el Joscillo con sus acompañantes, á quienes había estado aleccionando en la forma de llevar el compás toda la tarde, salieron á bailar las hermanillas, con el Roña y el Pirulo, boleros de rúbrica, haciendo unos quiebros y unas acometidas que dejaban atónitos á los ingleses. Jones no pudo estarse quieto, y después de empinarse una botella de rom, sacó unos

lentes y se puso de rodillas á contemplar con gran detención las piernas de las dandazadoras.

—Oyes, esposo, decía la prójima á Chorro de Humo. Me creo que esto no es muy típico ni decente. A ver si se levanta ese Judas, que paese el sayón del Crucifijo.

—Cállate, mujer, si eso honra nuestra limpieza de sangre. Estará examinando si las niñas tienen algunos puntos en las medias, y como no las gastan, tu primor y cuidado quedan superfrolíticos.

La vieja refunfuñaba y el Pepillo colocó á su inglés en el asiento.

Peporrilla, que era la cantadora, principió el tiro-teo.

Dentro de mi pecho tengo
dos escaleras de vidrio;
por una baja el amor,
por otra sube el olvido.

Respondiéndole Pirulo.

Nadie murmure de nadie,
que somos de carne humana,
y no hay pellejo de vino
que no tenga una botana.

—*Yes, vino, vino*, decía el inglés al intérprete. Hubo paranza y rueda de manzanilla. El cesto de las botellas se quedaba temblando.

—Que cante el abuelo, dijeron los gitanicos.

—Con muchísima de la gracia, replicó este entonando.

El que quiera ver al diablo
en figura de una cabra,
que arrepare en mi mujer
cuando sale de la cama.

Ni que le hubiera picado una víbora, hubiese en-

fuerecido más á la Marusa, que el cantar que produjo el gran jolgorio en los concurrentes.

—Anda, esgalichao, le contestó, tú si que eres un fantasma, que ya tienes las tijeras sin punta.

—Mujer, replicaba con gran sorna el viejo. Mete la lengua en paladar, no se enteren las potencias extranjeras, de nuestros pronunciamientos!

Fué preciso que el José diese una ronda con los pasteles de la cesta, para acallar el estruendo y las risotadas del cotarro.

Desde que llegó Edvars fijóse su atención muy particularmente en la Peporrilla. La muchachá lo merecía, pues era una morena de rechupete.

—Cantar mi una copla, señorita, yo querer turnarme gitano, y hasta bórico, le decía arrimándose con desgarbo.

—Vaya, dale gusto al milor, añadía el intérprete, que partiremos la propina.

—Eá, pues arrímate, sombra de Nino, añadió la salerosa tirando de una manga al forastero. Templea, Pulido, que se vá á quedar vizeo.

Los otros ingleses siguieron en las palmas, que con el empinar el codo, era su tarea favorita.

Peporrilla cantó.

En el mar de mi pechito
navega un barquito inglés;
tú serás marinero
para navegar en él.

A poco á mi hombre se le pierde la chaveta dando brincos y manotadas.

—Viva Inglaterra, viva Ispania é sus mujeres, y con esto y una onza de oro que le echó en la falda, se llevó los unánimes vítores de la asamblea.

—¡Qué primaveras son estos tipos, decía refunfunando el Pirulo; cuando se las guillen voy á averi-

guar si tienen muchas de esas medallas en el portamonedas.

Henry no quiso ser menos y arrimándose á *Sencción*, la dijo.

—Mi, otro cantar, gachono, de ole con ole.

—Viva la gracia, replicó la chiquilla. Mira, inglés, desde que entrastes, me parecistes más flamenco que una escoba de rama. Escucha y muérete de gusto.

—Cuando estés en la agonía
ven y sientate á mi vera;
fija tu vista en la mía,
que puede ser que no mueras.

Otro burdel y una sortija de regalo; pero á poco se amarga el divertimento, pues el mozo quiso pasar á mayores, dando motivo á que el Roña desenvainase unas tijeras como un alfange, exclamando.

—Once puñalás de estas, veinte y dos de las otras.

El indispensable intérprete, medió y convidó á los disidentes, por aquello de que las fieras se aman san por el pico; y como la juerga y el vino los había puesto á todos sudando, hizo formaran corro, y que el abuelo contase algunos cuentos de su cosecha.

—No te esvarries, *cano*, le aconsejaba la esposa, que tienes ya una pítima que no la vés á dormir en este año.

—¡Jesucristo, pues si estoy más formal que la estauta del Comendaor! Oigan, que estos son sucesos verídicos é interesantes.

Chorro de Humo principió así:

—Érase un gitano inocente, y un juez muy revelao y amigo de mandar gente al otro lado del agua. El alguacil se lo presentó en audiencia.

—¿Qué has hecho? le preguntó el del bonete.

—Nada, señor usía.

—¿Por qué te han preso?

—Le diré á su mercé, porque llevaba en la mano un ramalillo é sogá.

El alguacil que era vizco y con el alma atravesada, cogió un recio vergajo de toro.

—Eso no es delito. Habla la verdad.

El pobretico del gitano miró de soslayo al fariseo y repuso.

—Es que detrás del esparto venía una mula.

—Escribano, ya pareció aquello, dijo el Juez, ante usted. ¿Era negra?

—No, usía, torda.

—¿Pero, torda oscura?

—Quiá, la oscura es la que venía detrás de la baya. Se levantó echando lumbre el del bonete, diciendo:

—Meter á ese tunante en un calabozo, que con el ramalillo se ha traído toda la recua.

Algunos de los concurrentes que en casos análogos no tendrían su conciencia muy limpia, se rieron de lo lindo, y los ingleses, como todos los motivos eran buenos para beber, consumieron las provisiones teniendo que mandar al *Tirabeque* por líquido, que en aquellos barrios es como petróleo disfrazado.

—Que cuente lo que pasó al *Chupa*, opinaron otros.

—Para eso es menester que la ronda sea de aguardiente, que tengo el paladar como la yesca,

—Mal haya tu paladar y tus entretelas, viejo borracho, le decía su esposa embistiéndole.

—Quieta, mala jicha, contestaba este. Me vas á arrugar el armidón del collarín, y qué pensarán sus excelencias. Vas á lograr qué intervenga hasta el consul.

Jones, que hacía milagros de equilibrio se colocó entre ambos, y el viejo usó de nuevo de la palabra.

—Pues señores; el *Chupa* era un buen cristiano como yo soy, y al santiguarse se equivocó y lo hizo en la cara del inglés. Tenía que contraer matrimonio con una chavala de muchos pereviles, y se dedicó á aprender la doctrina. Cuando ya se creyó maestro, fué á examen del sacristán de la parroquia.

Había tomado algunas cañas para tener memoria, en lugar de haberse comido un puñado de palillos de pasas.

—¿Cuántos dioses hay? le preguntaron.

Quedose el *Chupa* pensativo, y contestó:

—Catorce.

—¿Qué herejía! exclamó el catedrático. ¿Y personas?

—Eso sí lo sé de corrido. Sesenta.

Pilló el sacristan el vendero, y le sacudió el polvo echándolo á la calle, mientras que lloroso exclamaba el *Chupa*.

—Pero señor, dos más ó menos, ¿es que tiene su merced que darle de comer á toda la familia?

En esto había regresado Pepillo, refrescaron con bebida blanca, y ya piripis, los guitarristas respun-tearon las seguidillas.

Todo el mundo se puso de nuevo en baile.

Principiaron las pullas de los castellanos, quemados con las atenciones á los ingleses.

—Como las cañas huecas
son las mujeres:
que se llenan de aire
cuando las quieren.

Parecen las mozuelas
con los flequillos,
esas que ván por agua
con cantarillos.

¡Qué meneos, qué contorsiones, aquello era el triunfo de Baco en el barrio del Albaicín.

Jones, que se había sorbido un gran vaso de rejagar, bajo el nombre de refinado, quiso lucir las habilidades de aquellos piés de medio celemín, y después de unos pases de baile inglés, dijo: —Toquen la malagueña, que allá voy.

Y en efecto cantó.

— Soy más torero que el Gallo,
 más picador que Agujetas,
 y más borracho que el vino.

.....

Al escuchar este aserto los otros dos ingleses salieron cantando en coro:

— Veritas, veritas, veritas.

Al minuto cayó el sayón en el dintel de la cueva, derribando la mesa y las vasijas, y Henry y Edvars, por socorrerlo le hicieron compañía en las piedras, quedándose inmóviles como cadáveres.

Frasculilla asustada exclamó á gritos:

— ¡Pare, pare, resucite osté á esos esgalichaos, que si se mueren tenemos que ir al juicio oral á Ingalaterra!

El abuelo con toda dignidad se entraba por la cueva, murmurando.

— Gitánicos míos, miraos en ese espejo, los vicios....

Pero olvidándose de su mona, se dió tal coscorron con el pórtico, que cayó encima de la esposa, que de las greñas lo arrastró hasta el gergón.

Recogiéronse las muchachas, fuéronse los invitados, y solo quedó en el ruedo el intérprete con sus tres educandos que soplaban como fuelles de órgano. *El Pulido*, que era poco bebedor, fuese en busca de caballerías para llevarse los señores, y al echar Dios

sus luces á la mañana siguiente, iban mis ingleses sobre tres aparejados pollinos, con los ojos en blanco, sin darse cuenta de aquel paseo, y Jones, como más cariñoso, abrazado al cuello del suyo, y arreglándose los pelos con las orejas del asno.

En la Plaza Nueva, fué la rechifia por algunos madrugadores.

— Temprano han salido hoy los azotados, le decían á Joseillo.

— Es que vamos al Picacho de Veleta á tomar la mañana, respondía este.

Y gracias á los esfuerzos del uno, y á los varazos del *Pulido*, viéronse los huelguistas, otra vez en su fonda, llevando para memoria una fuerte irritación en los estómagos, y algunas monedas de menos en sus bolsillos.

IV.

A la semana siguiente decía Chorro de Humo, á los que pasaban ante su puerta:

— Diez mil reales llevo gastados en aljucema desde la otra noche, y todavía no he podido quitar de mi cueva el olor á judío.

— Desengañe osté, pare, le replicaba la *Senciñ*, es que esos estrangis no comen más que *chicharro*, como los perros de ganao.

Pero las onzas de oro regaladas, sí olían á ámbar, y hasta sirvieron para el casamiento de la *Peporri-lla*, que fué tan sonado y retumbante que bien merece un estudio especial en otro artículo.

A los caracoles.

I.

Era un lunes de Mayo, y Galindo el zapatero, que sentía pocas ganas de trabajar en los días del resto de la semana, se hizo cargo de conciencia con tal festividad y sol tan espléndido, no abandonar el banquillo, para gozar de las delicias de tan agradable mañana.

—Veamos los dineros que tengo, se dijo, y formaremos la cábala. Diez y nueve cuartos y un botón que parece ochavo. Voy á empezar el queso con dos copas de anís de casa del Pirolo. Mi Ramona se fué al Mercado, ignoro con qué caudal, que en no saliendo del mio, en lo restante no soy escrupuloso, y me excuso de una regañera por la salida. Y dicho y hecho, tomó el sombrero y una capa que le servía en todas estaciones y con la que podía tirar piedras embozado, abandonó su portal de la calle de los Molinos, dejando puesta la llave, seguro de que las componendas de su ajuar no tentaban la codicia de los ladrones. Y hete á mi hombre en el umbral de la taberna, á donde por la mayor ventura del mundo se halló con su compadre Antolines, también cofrade de la lezna, y el curtidor Bernadino, que en verano por falta de agua y en invierno por sobra de ella, siempre tenía excusas para no ejercitarse en su oficio.

Ya se encontraron, pues, lo que se llama tres

piés para un banco, y sin discusión despues del refrigerio, acordaron festejar el hermoso día que se presentaba.

II.

En el comedio del *camino del Hueter*, de ese paseo que llaman de invierno los granadinos, por lo resguardado que se encuentra del viento Norte, allí donde la vega se extiende risueña hasta perderse la vista en las últimas sierras que la sirven de marco, en aquel pedazo de paraíso donde las flores tempranas de los primeros habares embalsaman el ambiente, y duran hasta que las de los cáñamos perfuman las tardes del verano, existía hace años un ventorrillo, puro y legítimo, sin *civilizar* como los actuales, donde el Tío Luque, de inolvidable memoria, dicho sea sin lisonja, hacía gala de sus adelantos culinarios, y era la mansión predilecta de los bebedores de oficio. Porque en esto de los borrachos hay mucho que entender; no todos son esos pellejos humanos que necesitan una plazoleta para cada vaivén, ni esos seres repugnantes á quienes el alcohol presta instintos de fiera; sino que hay también sectarios de Baco, que desempeñan su tarea hasta con arte, y gastan un discurso, y media hora en un sorbo, arreglando la nación ó el vecindario, ya que no pueden hacerlo de su casa. Dos salas á flor de la calle, una más grande, y con balcón para las personas de categoría en el primer piso, y un corral con honores de huerto, para los que necesitan ventilación, constituían el edificio público, amén de una cocina donde no penetraban sino los íntimos, y un cuarto para el matrimonio. Afirman que el Tío Luque había bautizado mas vino, que párvulos un cura ochentón.

y que á su conciencia maullaban los infinitos gatos que convertía en conejos; pero esas murmuraciones de cofrades menos venturosos no le desvelaban, y el Tío Luque, gordo y colorado, llegó á ser un tipo de los que tanto abundan en esta tierra de la Virgen de las Angustias. El mueblaje era digno del personal. Mesillas que se balanceaban, sillas sin respaldo, jarrros de vidriado del camino de San Diego, botijas de todos tamaños de Fajalauza, y candiles para de noche, eran el adorno del bajo. En el principal había hasta dos velones de Lucena, vasos de vidrio, y una zafa ó barreño, pues contaba el abuelo que desde el compromiso en que lo puso cierta *Marquesa* que quiso probar sus caracoles, había amueblado la sala hasta para que pudiera solazarse en ella el mismo Corregidor. Eso sí, en materia de guisar caracoles, y morcilla de lustre, no hubo ni habrá otro tan especialista como el tío Luque. Desgraciadamente el secreto se lo ha llevado á la tumba. La dosis de especia con que aderezaba los caldos, nadie dá con ella, ya aquellos pimientos y aceitunas en vinagre, que pedían vino por cántaros son un mito hoy en las tabernas almidonadas del famoso sitio, que ya expenden salchichón y jamones que se atreven á llamar de la Alpujarra, matando la poesía de aquellos parajes, en que nadie se atrevió á condimentar en los verdaderos tiempos más carne que algún adobillo de borrego de matute, ó el histórico guiso de *callos*, pedazos de tripa fregados triplemente en el arroyo, con el agua cristalina de Sierra Nevada.

¿Qué diría el héroe, si resucitara, ante la vista de esas *tiendas asilo*? Con fundamento se llamaría el inventor. Porque su caldo de caracoles, que confortaba como un cordial, era el alimento de los pobres á quienes por un cuarto llenaba un puchero de hu-

meante líquido, que ablandaba hasta los más endurcidos mendrugos, y sostenía un estómago lo menos por veinte y cuatro horas.

¡Séale la tierra leve y sigamos el cuento! A semejante manantial de aire y de luz, se dirigieron los tres compadres, y después de los saludos de ordenanza, agarró cada uno su taburete, y con el trípode se dirigieron á el ángulo más apartado del corral, donde con media arroba del blanco y una fuente de encurtidos empezaron á solemnizar la rabona que hacían á sus legítimos deberes.

Era el curtidor un tragadero de primera fuerza; mientras los colegas picaban un tabaco negro que envolvían así como en una cuartilla de papel de cola, dió un apretón tan fuerte al líquido, que no hubo para la segunda vuelta, y fué necesario adoptar por mayoría el reparto á turno y tanda, como lo usaban en su época los labradores moriscos. No hay duda que el vino da expansión, pues sin cuidarse de los demás concurrentes, se pusieron tan comunicativos que, como si nunca se hubieran visto, empezaron á referirse su vida y milagros.

Galindo era en las reuniones un *ablativo absoluto*, y así es, que usó el primero de la palabra.

—Si supiera mi Ramona, que por venirme he dejado sin remontar las botas del Señor José, el escribano, me sacaba los ojos. Es mucha mujer aquella. Si no fuera porque me tiene el camisón limpio, y me surte de picadura de la fuerte, ya había entablado demanda de divorcio. Yo me gasto el jornal en estos paseos higiénicos, porque primero es la salud; y sé que á la hora que vuelvo, siempre encuentro la olla caliente, pero no me curo un araño, cuando ya tengo otras cicatrices en la cara. ¿Podeis creer que

siempre me tira de los pelos en el mismo sitio de la cabeza, y ya tengo un roal calvo?

—¿Y chichones, sientes algunos en la frente? le preguntó Antolinez, que la echaba de chusco.

—Poquito á poco, compadre, respondió aquel, esa pregunta, y el enseñarme el tocayo ese caracol que parece un toro de Jabalera, tiene mucho que sospechar. Mi mujer es cabal como no otra, y en mi casa no entran otros calzones que los míos. Porque el Padre Sarmiento, que es su padrino, gasta enaguas como ella, y nada tiene que decir el auditorio. Arrepárese, compadrito su joroba, que hay vecina que dice que la Señá-Pepa, su consorte (y el Galindo saludó con toda ceremonia), sale de noche á hacer obras de caridad, mientras usted duerme la mona. Y sobre todo, yo trabajo un día lo menos todos los meses, para mantener mis obligaciones, mientras que otros no dan golpe, y sin embargo están más lucfos que los que rifan para las Ánimas.

—Dígame, pariente, le replicó Bernardiño, si lo dice por mí, no acepto el mote. Tengo un pícaro oficio y nunca hay faena, y por eso dejo que mi mujer mantenga la familia, que si no, ni cachos de gloria habrían de faltar en mi vivienda.

—Sí, ya sabemos que usted trabaja como perro en canasta de lana, contestó Antolinez, pero dejemos estas conversaciones, que las palabras son como las cerezas, y vámonos al olivar vecino, que tengo en confianza que pedirles, como amigos que somos, un consejo.

Esta proposición fué nuevo estímulo para beber, y como el ventorrillo se iba poblando de abonados, y guitarristas y cantaores, los tres se salieron por el corral, á cobijarse bajo los árboles del cercado.

Eso de dar un consejo, cuando ya unos compadres

se encuentran á media vela, es casi tan árduo como sentenciar un pleito de mayorazgos, y no es extraño que se pusieran tan graves, que ni se acordaran siquiera de quitarse los tufos de la frente.

El dolorido empezó así:

—Por más que me veáis con esta sonrisa, anda por dentro la procesión, y estoy más achicharrado que el horuillo del ventorrillero. Diez años y un día, para que el diablo no se burle de la mentira, llevo de casado, y mejor fuera haberlos cumplido de presidio. No porque Dolores sea mala; le gusta el rosoli y aborrece las agujas; pero baila un zapateado que no hay otra, y arranca el moño á cualquiera que se la pone por delante. Ya ha estado dos veces en la prevención, y esta cicatriz que tengo en el carrillo, me la hizo de un bocado; yo dije que fué un perro, y no tuvimos que ver con la justicia. Pues así y todo, es una Santa Teresa, comparada con mi cuñada.

Los oyentes se santiguaron al oír semejante nombre.

Con el pretexto de que ayuda con una pensión que cobra de un señorito que se la dejaría por llevar y traer, se ha metido en la casa, y no hay quien la resista. Ella manda en lo temporal y en lo eterno. Si voy tarde, se me avanza; si llego temprano, me dice que voy á estorbar las haciendas, y no hallo modo de caerle en gracia y agradarla. Ya llegó la última y antes de irme con la leva he aprovechado esta oportunidad para abrirós mi pecho. ¿Qué hago? Esta es la pregunta. Lo que se necesita es la respuesta. Acabado de hablar se echó un trago, tan fuerte que se le saltaron las lágrimas, aunque quiso afirmar que era de la pesadumbre.

El de los cueros, que estaba ya piripi, le dijo.

—Compadrecito, ¿y usted no sabe que en esta tie-

rra de gracia se cria un árbol que se llama el membrillo? ¿Y usted ignora que produce unas varas de rechupete? ¿Y no ha averiguado que las más sanas las vende *Lino* por una pieza de á dos cuartos en la Puerta Real?

Si afligida puso la cara el consultante cuando terminó su romance, ante esta medicina, si regó el verdadero llanto sus carrillos.

—Vaya si lo sé, Bernardo, y por experiencia, añadió compungido. De esa madera las gasta, y sin esperar á razones se quitó la chaqueta, desabrochó el camisón, y enseñó unos verdugones que tenían más de negro que de colorado.

Siete dias hace de la última paliza que me dió porque llegué algo peneque.

—¿Pero no pudo defenderse?

—Ni por pienso; cuando fuí á echarle mano, se me escapó por el cañón de la chimenea.

—Es bruja, exclamaron en coro los oyentes.

Galindo se puso muy grave, porque el peleón lo ponía ya en el tercer período. Porque es necesario conocer, que segun autores experimentados, los borrachos tienen tres categorías, como los físicos. La primera es de *escucha y perdona*, la segunda, *de la capa arrastrando*, y la tercera de *poner en las losas el hocico*. Tosió con fuerza y dijo:

—Esa revelación, compadre, es gravísima. Lo del vapuleo ataca el honor de toda la cofradía. Y no hay tirapié en el mundo, ni San Crispín en los altares, si no acude al veedor y cita á junta y se pone el caso hasta en conocimiento del mismísimo presidente de la Chancillería.

Ante tan estupenda medida Antolínez alegró el semblante, cuando al volver la cara por sentir unos ligeros pasos en el olivar, se encontró que venían su

consorte y su cuñada con las mantillas de franela terciadas, las greñas flotando al viento, y manoteando con los brazos como aspas de molino.

—Ave María purísima, fué lo único que pudo articular, señalando á sus cofrades la nube.

Galindo, que estaba *muy calado*, se envolvió la cabeza en el jarambel de su capa, á imitación de César, y rodando por la pendiente quedó dormido en un agujero del terreno. Bernardo, más robusto, se dió á correr como un galgo, y el pobre Antolínez solo pudo vengarse del futuro arañamiento, arrojando en la falda de su esposa la ración de caracoles que albergaba su estómago, inundando de cuernos á la autora de los que mansamente sufría. Ella tuvo que abonar el gasto, no sin relatar á todos los contertulios las malas cualidades del hombre, que al irse por aquellas veredas decía:

—Voy como Nuestro Señor Jesucristo, entre dos ladrones.

A Galindo el fresco de la madrugada le dió alientos para llegar al escalón de su casa, donde al abrirse la puerta lo tropezó el padrino, al que hizo dar una voltereta descomunál, pagando así el agradecimiento de haber evitado la soledad de su consorte. El zurrador tuvo un fin mas práctico. Durmió en la cárcel, porque se empeñó en apedrear los faroles del alumbrado público, que según su embriaguez le presentaban legiones de caracoles ante la vista.

Tales eran las diversiones favoritas de la mayor parte de los artesanos hace cincuenta años, cuando no existían más ilustraciones que el *Almanaque* y la *Gaceta*, y llegaban las noticias en *posta*, á los dos meses de acontecidas.

Hoy con los adelantos de la civilización, hay huelgas, é Internacional, y sobre todo *alcoholes amilicos*,

para transformar á aquellos honrados y pacíficos bebedores en alumnos de las cárceles y presidios. *Sic transit glorie mundi.*

El aguador.

I.

Cuentan, por supuesto, las antiguas crónicas, que á un mancebo granadino, robusto y decidor, fiestero y agraciado, por quién se despepitaban todas las muchachas casaderas, le ponían como falta, los padres de estas, muy mirados y concienzudos antaño, que no tenía oficio, y por lo tanto mal podía mantener sus obligaciones.

Nuestro hombre, que era listo, y sobre todo que se había enamorado como Dios manda, de cierta tejedora de cintas de San Cecilio, cansado de los peros que le ponían á su manera de vivir, y no queriendo dilatar su dicha, con un aprendizaje, ideó uno nuevo; y adquiriendo un borriquillo avisgado, cuatro cántaros vidriados, y un aparejo de borlas, salió de madrugada á la fuente del Avellano, vendió por el día en transparentes vasos el agradable líquido, y por la noche se presentó casa del futuro suegro diciendo muy placentero:

—Tío José, ya puede usted concederme la mano de Mariquita: ya tengo *oficio*.

¡Y en verdad que no se necesitan ni muchos años ni fatigas para aprenderlo!

Tal afirman, la verdad en su lugar, que es el origen del aguador granadino.

Porque han de saber ustedes, si lo ignoran, que Granada, tal vez por lo mismo que posee dos ríos y muchas fuentes, es la ciudad desde su fundación, en la que más agua beben sus moradores.

En los tiempos de los árabes, llegó á tal apogeo este furor aguanoso, que existía un gremio de aguadores, moriscos, tanto, que dieron su nombre á un barrio de la capital. *El Mauror*, hoy conocido con el mismo epíteto, en las empinadas cuestas que bajan á la calle del *Aljibe de don Rodrigo*.

Y después no hubo tampoco nada que envidiarle. El pretendiente á aguador que carecía de cabalgadura, inventó la *garrafa*, y en todas las épocas, y especialmente en el verano, á cada instante se tropieza con vendedores que á paso de carga reparten su mercancía.

Ya se vé, en toda España no hay sitio donde se coma y se beba por un ochavo. Cucharada de anises de matalahuga, y fresco y claro líquido á tan escaso precio, son incentivos para las gargantas, que no pasan nunca desapercibidos.

Además, los pregones son dignos de tenerse en cuenta.

—*Aterronaica la llevo*, grita uno.

—*Del Avellano, fresca*, dice otro.

—*Agua de la Salud*, para las niñas ojerosas, exclama un tercero.

—*¿Quién quiere tiritar? que baja ahora*, cantaba el *Gallego* con voz de salmista.

Y por este estilo cada uno ensalza su líquido, guardándose bien de expresar los chapuces que como buenos españoles cometen; pues la mayoría de aquel, pertenece á los aljibes de la Alhambra, cuan-

do no del pozo de Santiago, ó de las cisternas del Albaicín.

Entraba después, la que se expendía en los puestos situados en las plazas y sitios más frecuentados por la concurrencia.

Por lo general era el dueño un mocetón vestido con limpia ropa y colorado como un tomate, que por lo mismo que manejaba agua, no bebía sino vino, y que en su redondo cubil expendía también yelos de limón y merengues de todas fechas, según el consumo.

Cuando este no era muy frecuente, increpaba á los paseantes exclamando.

—*¿Qué coméis, que no bebéis?*, y otras frases análogas, que hacían pararse á los transeuntes, cayendo en la tentación.

En el invierno, como el ejercicio no podía ser muy productivo, añadían la expendición de castañas tostadas, colocando el hornillo al lado del puesto, y cambiando el pregón con él de

—*Tostás y calentitas, ¿quién las lleva?*

A veces cuando pasaban algunas hembras que no eran de su devoción, voceaba.

—*¡Achicharrás y en ayunas, y cómo pelan!* y si eran hombres añadía:

—*Recetas contra el flato*, á dos cuartos la libra.

Había que dispensarles que jugaran con el agua y con el fuego, porque sus dispendios eran mayores y más crecido el capital que invertían en sus casillas y trebejos.

En cambio los del burro y de la garrafa, seguían impertérritos en todas las estaciones. El primero cubriendo siempre la carga con yedra ó ramas de las avellaneras, y en la estación florida adornando la frente del jumento con las rosas silvestres de los

adaves morunos, y el segundo con el instrumento á la espalda, la munición dulcesca en blanca caja de hoja de lata en la cintura, y la mayoría inmensa, limpios aunque pobre su traje, como diciendo *bebedme*.

Hoy los adelantos del lujo han invadido la clase. En los puestos se ostentan *señoritas de mostrador*, almidonadas y peripuestas llamando los marchantes. Han derrocado á la antigua y típica barretera, que apenas existe, pues acaparan toda la mercancía desde los *garbanzos tostados* á los *carcahues* y sobre todo, para extraño contraste, venden más aguardiente que agua, y trasnochadores y madrugadores, sacan de allí una ración de alcohol bastante para tener que dar luego cuenta á las cárceles y á la policía. Y, ¡oh colmo del epigrama! También desde hace poco expenden leche de cabras y de vacas. ¡La leche y el agua, que deben ser antitéticas, y cuya mezcla quiere evitar severamente el municipio, examinando diariamente los cántaros y multando á los bautizadores!

No es extraño, pues, que los amantes de las antiguas glorias y costumbres, los que veían y recuerdan con orgullo la coleta en los molineros de la Ribera, la capa verde de don Felipe el del galón, el enorme cuadrúpedo de el *Lino* y el *Tablate*, exclamen con desdén al mirar esos barcos en seco, esas casas de cartón en que se vende el agua en la Puerta Real, que la patria se pierde, que los dioses se van, sin duda por el agujero intapable en que el *Dauro* respira en sus momentos de mal humor.

Los baños.

Julio de 1884.

CARTA Á UN AMIGO.

I.

¿Y ahora, qué dices, Pepe? ¿No te enfoscas y hablas mal de la hermosa primavera, porque no hay mucho sol, ni muchas moscas? Pues si gustas vivir en una hoguera, vente, que es el remedio bien sencillo: tendrás en cada esquina un tabardillo.

¡Qué bella es la canícula! no hay duda que es mala tu opinión, pero se suda: puedes asegurar que es tu elemento; ojalá que haya algún pronunciamiento de esos que en Julio el almanaque reza y que nos saque el sol de la cabeza.

Me dices que te escriba algo festivo que te alegre un punto; pfdle á Dios que viva, que no está para bromas el asunto.

¿Ignoras los agobios con que turba las fiestas y recreos esa nueva invención de los *microbios*? Dicen los sabios, son como fideos y tienen la figura de una coma, pero el punto, es que matan; y es la broma.

Buenos lances te pierdes,

hay un *mieditis* que nos pone verdes.

Sé de un marido afable y complaciente que hoy reniega del nudo y del consorcio, y por hallar la esposa algo.... corriente, le ha plantado demanda de divorcio.

Verdad que hay quien opina que es el polvo remedio y medicina, y hete aquí la beldad hecha un yesero ostentando tal facha, que la puede vender en su capacha el de la Zúbia, chusco garbancero.

.....
Mas, si he de complacerte, presuroso dejemos este pleito, que es penoso, y voy, amigo caro, voy al grano, que esta mañana al empuñar la pluma, (por señas bien temprano), se me ocurrió, que en suma lo que pega son versos de verano.

II.

Reconoce el más lego que con el agua se combate el fuego, y pues nos da el calor tan malos ratos, no queda otro recurso: al agua, patos.

Dice el doctor Facundo, no sé si en el capítulo segundo, que para males aún los más extraños, es el sánalo todo, tomar baños.

Peró está la virtud de este aforismo en que eso de *tomar*, siempre es lo mismo; es decir, excelente, ya en el antiguo tiempo ó el presente, pues desde el siglo en que la madre Eva

tomó de Adán una costilla á prueba
 hasta la fecha, en que sin más razones
 por tomar, nos agarran los calzones,
 es el verbo que siempre se halla en uso;
 ¡mal haya quien gramáticas compuso!

Pero venga el doctor de mis pecados,
 que son caminos para mí vedados.

Sentada la teoría
 de que en agua caliente, tibia, ó fría,
 la humanidad el pensamiento acoge
 de que la ardiente piel se le remoje,
 hay que escoger con pulso y con donaire
 el sitio donde echar la cana al aire.

La moda mucho impera
 y prescribe el bañarse, pero fuera,
 aunque algunos existen más que vanos
 que se van á bañar, á los secanos.

Conozco la señora Timotea
 con cuatro niñas, pero á cual más fea,
 que aunque tienen escaso su peculio,
 en cuanto llega Julio,
 dice marcha del Cántabro á la orilla,
 y no pasa de Armilla,
 donde afirma su padre Restituto
 que á todas los refresca en un canuto.
 En cambio hay quien henchido de doblones
 y otros que me los buscan á tirones,
 van á gozar la fresca y clara onda
 del mar azul que ciñe á Calahonda.

Unos Motril y Málaga acometen,
 y en sus aguas se meten,
 yendo peces humanos, tan preciados,
 que huyen los de verdad, pero escamados.

Sé de una suegra oronda, que se apena
 si no imita el papel de la ballena,

y un cesante con hambre tan constante,
 que es tiburón del bolso del bañante.

Buenos tipos se vén; y olvidar quiero
 los baños que requieren enfermero,
 que es sensible faena
 decirte por qué fué Juan á Graena,
 ó cuál pecado la conciencia ataca
 del que vá á ser sorbete en Carratraca.

III.

Vayan con Dios, y vuelvan con los Santos,
 que aquí tenemos libres de quebrantos
 dos ríos y cien fuentes,
 si turbias unas, otras transparentes;
 y sobre todo la mujer alaba,
 como de bienes manantial fecundo,
 la *Acequia de Genil*, que lo que lava,
 no es cosa de decir á todo el mundo.

Allí las niñas entran ojerosas
 y salen rozagantes y briosas,
 lo que demuestra en breve
 que se puede juntar lumbre con nieve.

¡Pues y del *Chorro* los delgados flecos
 que dan á los que estudian para entecos,
 y que si al fin los males no les quitan,
 al menos los retocan y tiritan!
 ¡Y el mar de *Simeón*, rústica estancia,
 delicia eterna de la alegre infancia,
 donde el baño, la fruta y la jarana,
 les da tres calenturas por semana!

¡Y los *templados*, que en marmórea pila,
 ó bien en el *León*, ó ya en *Varela*,
 su frescura consueta
 y logran que la sangre esté tranquila,

Salvo excepciones de diverso modo,
que si es baño en parejas, hay de todo;
pues cuando blanda mano
el feble lienzo á nuestro cuerpo junta,
(ó la sábana, hablando castellano),
es menester ser uno muy cristiano
para evitar que el pelo esté de punta;
y que así es lo que digo,
habrá entre quien te escuche, algún testigo.

IV.

¡A qué viajar; si de diverso modo
aquí existe de todo!
Si no las termas de opulenta Roma
ni la alba concha de la Vénus griega,
hay unas flores de exquisito aroma,
y un céfiro que juega
en la altísima sierra, coronada
de blanca nieve, vida de Granada!

Queda conmigo aquí; que los precitos
que consagran su vida al movimiento,
aguanten en la costa los mosquitos
y no puedan dormir para escarmiento,
que ese Febo africano que les peta
ya les pondrá por cara una careta.

Esa opinión escojo;
de la amplia libertad con los primores
resuélvase á tu antojo;
y aunque afirman autores
que tener libertad, costará un ojo,
de ese cálculo ajeno
te aconsejo de balde, ¡seré bueno!

V.

Lo principal que importa
es darse gusto, que la vida es corta
y aún así la atropella
eso que dicen anda por Marsella.
Conque si acaso por razón que excuso
no te digusta tan ardiente fragua,
y sin seguir el uso
eres contrario de meterte en agua,
hay quien altivo la opinión sustenta
y no la conceptúo desatino,
que otro baño hay mejor y de más cuenta,
á todas horas remojarse en vino.

 Castañas y batatas.

I.

D. Hermógenes Santorredo era antes de la venida de los primeros franceses, un granadino chapado á la antigua, católico á macha martillo, empleado en la tesorería de la Santa Iglesia, y mayordomo de las Benditas Ánimas de nuestro apóstol San Pedro.

Tenía cincuenta y dos años, esposa y suegra, y cuatro hijos de diferentes edades y caracteres. La consorte D.^a Petronila, cumplió sus ocho lustros engruesando como una bola; la prole, tres eran hembras ya casaderas, y el varoncito entraba en los

catorce, y era meritorio en la oficina; porque en aquellos tiempos en que no había diputados ni caciques en los pueblos, los destinos, en cumpliendo bien, que era lo corriente, se heredaban de generación en generación, ocurriendo que tenían por ende afición á su carrera é inteligencia suma, por la práctica adquirida.

La suegra, doña Curra, era el tormento del hogar, pues padecía de histérico, y no se podía echar con ella ni por el sol ni por la sombra. La gente joven se consolaba haciéndola cucamonas por la espalda, sin que los vieran, se entiende. los autores de sus días; y la sirvienta que completaba el personal, dándole noticias de las funciones de iglesia habidas y por haber, con el objeto de que plantándose en la calle, los dejara á todos descansar.

En la mañana del día que nos ocupa, se notaba grande tragín en la casa. Era la *Noche-buena*, y don Hermógenes, dado punto en sus tareas, iba á ocuparse de la compra de los comestibles para aquella solemnidad, y las siguientes, cuyas fiestas se guardaban con todo el rigor de rúbrica.

Como hombre prevenido, había repartido los aguinaldos á los conventos de su devoción; y ya se veían en la anchurosa mesa de pino y sobre blancos manteles, la respuesta de las monjas, en un cuajado especial de Santa Isabel, unas empanadillas de Santa Paula, y unos huevos hilados de las Calabaceras. Excusado es decir que sus vástagos se contentaban con una ración de vista, porque bien educados, ya se guardarían de darles la más leve acometida.

Terminada la primera y frugal colación, D. Hermógenes, se colocó en los hombros la capa monumental de paño de Castilla, una cesta con honores de capacho oculta bajo el embozo, y con la criada y

la madre de esta, que en tan solemnes momentos hacía las veces de Cirineo, se fué al mercado, llevando de vanguardia al mayorazgo, encargado por las hermanas de la adquisición de los instrumentos musicales.

—Guardada se la tengo, señorito, decía una pescadera su conocida, mostrándole una pescada como un tiburón. Cinco libras pesa y acaba de llegar en corzo; todavía conserva el hielo de esta noche en el *Suspiro del Moro*.

—Bueno, Frasquita, le decía bonachonamente don Hermógenes, conciencia en el peso, que hay otra vida más allá.

—La Señora dijo que lleváramos también sardinas, que adornan la fuente, añadió la criada.

—Vaya, pues demos gusto al ama. Vengan dos pesos y á la capacha.

—Y también dijo, que unos boqueroncitos para el pimentón, apuntó la sirvienta interina.

—Sean pues los boquerones, ya veo que teneis buena memoria. Vamos por el abadejo, que por apuntadora lleveis alguna carga, le replicó á la vieja.

—Es legítimo de Escocia, D. Hermógenes, le aseguró el dependiente del almacén de comestibles del Pié de la Torre. Tengo azúcar terciada que llegó ayer de Ultramar y es excelente para el arroz con leche, cuyo grano de flor acabo de recibir de Valencia.

—Sí, papá, que eso nos gusta.

—¡Y qué no ha de gustarte á tus años! Pero entiende, que ya no cabe más en el canasto. Vamos á ver los peros, que dicen que este año andan por las nubes.

—No, señorito, están baratos, mi ama dijo que no olvidara á su merced, que echaran algunos colorados, que con lo ágrío abren el apetito.

—Sí, Dolores, miel sobre hojuelas, como si en casa faltáran ganas de comer.

—De Ronda legítimos, afirmaba el vendedor poniendo de manifiesto los más sanos. Hasta para el señor Presidente se llevaron hace poco dos arrobas.

—Pues pon una, hombre, que yo soy menos que Su Señoría. ¿Podrás con ella, Dolores?

—Aunque sea con todo el puesto.

—Dichosa tu, hija mía; pero reserva otro brazo para el pavo, que en esta manada veo uno que hace la rueda primorosamente. Se matará mañana para que sea el adorno de la Pascua, en pepitoria. Era el plato favorito de D. Hermógenes.

—Dos duros, caballero, es lo último que vale, afirmaba el vendedor.

—¿De dónde es semejante bicho?

—De Alcalá la Real, nada menos, así como toda la banda.

—Es menester que veamos si tiene viruelas, decía D. Hermógenes, registrando y tomando á peso el animal. Treinta y cinco reales te dará y bueno está lo bueno.

Cerrado el ajuste colgó la maritornes á la futura víctima; mas no bien hubo andado dos pasos el padre de familia en dirección á su morada, cuando el hijo y la vieja le apuntaron.

—¿Y las zambombas?

—¿Y el turrón que no llevamos?

—Cuando yo digo que hoy habeis comido palillos de pasas, que nada se os olvida! Vamos por el de Gijona, y por el ruido. La noche ha de ser completa.

Cargó el mancebo con tres zambombas de casca-
beles y un rabél mayúsculo, y la otra sirvienta con el paquete de las golosinas. Ya en la plaza de Bibarrambla, fué necesario tomar á sueldo un zagalón

para que condujese las castañas alpujarreñas y las legítimas batatas de Nerja. ¡Qué convoy! Al penetrar por los umbrales, D.^a Petronila á poco rueda por las escaleras al querer reconocer las viandas, y hasta la suegra tuvo una sonrisa cuando el infeliz yerno la dijo con la mayor cortesía:

—Este turrón es de yema, tan blando que se deshace en la boca. Que muchos años cumplas con este agradable deber.

—En vida de todos, y en el santo temor de Dios... maldito, añadió persiguiendo al chicuelo, que le había sonado la *chicharra* en los oídos.

Cesó la bulla ante la orden de ponerse las tres jóvenes á condimentar la cena, y en esa ocupación las dejaremos hasta que sea hora de ocuparnos de la segunda parte.

II.

Se han rezado devotamente las Ánimas. En un ancho comedor que linda por un ángulo con la cocina, vá á celebrarse el festín de Baltasar. En una gran chimenea, arde un leño colosal traído *ad hoc* y que se llama *noche-bueno*. Sin duda el trozo de encina durará hasta Reyes. Contra él, se apilan ramas menudas que esparcen un calor agradable, y ayudan á iluminar á los tres velones de metal, que orden en la mesa. Un sillón semejante á los de coro, de baqueta y clavos dorados está á la derecha del hogar, y lo ocupa como más anciana la suegra. En frente, en otro de brazos y de suelo de anea, se repantiga D. Hermógenes, teniendo á su lado á la consorte, que no cabe en el pellejo de satisfacción. Las tres jóvenes junto á la abuela, despues el nieto, y separados por este, dos colegiales de Santiago que estudian le-

yes, y que su padre, íntimo de D. Hermógenes, los tiene como recomendados. Eran de buena casa de Almería, y por el estado del tiempo y de los caminos, no habían podido pasar las vacaciones con los suyos. Asegúrase que exageraron lo pensoso del viaje porque las dos niñas mayores les dieron flechazo, y se cuidaban más de ellas que de las definiciones del derecho romano, habiendo sus billetes, todo con ignorancia del papá, si bien no tanta de D.^a Petronila. Sin embargo, guardaban el más respetuoso silencio, contentándose con miradas á hurtadillas y suspiros por lo bajo.

—Una copita de rosoli que sirva de introducción á la mesa, dijo el dueño á su consorte. Es la hora crítica, y el estómago no tiene consideraciones. Se conocía la verdad del dicho, puesto que todos se abalanzaron á sus sitios haciendo honor á las salsas de D.^a Petronila.

Solo dos finezas al llegar á los turrónes, se permitieron los estudiantes para con las niñas, previo el asentimiento paternal, y hecha una ronda de una copita de vino de pulsos para ayudar á la digestión, que bien lo necesitaban, el muchachuelo agarró un pandero, las hermanas las zambombas, y al amor de la lumbre comenzó la orquesta en honor de la festividad, tomando también parte en ella la servidumbre.

Doña Petronila cantó para quitar la vergüenza:

La Virgen va caminando
por una montaña oscura,
y al vuelo de la perdiz
se le ha espantado la mula.

Pastores venid,
pastores llegad

y adorad el Niño
que está en el Portal.

La menorcilla, que estaba tan embobada como las mayores, fué la segunda.

Todos le llevan al Niño,
yo no tengo que llevarle;
le llevaré el corazón,
que de lo malo le guarde.

—Así, así me gustan los cantares, añadió refunfuñando la D.^a Curra. Para otra vez cantas esta.

En el portal de Belén
se alumbran con dos estrellas;
son los ojos de María
Señora de cielo y tierra.

—Muy preciosa, pero allá vá la mia, abuela, repuso el muchacho.

Los pastores no son hombres,
que son unos animales,
que comen en el caldero
y duermen en los corrales.

—¿Quién te ha enseñado ese desatino? le dijo su padre. Ten en cuenta que ellos fueron los primeros en adorar al Redentor y los más preferidos por sus virtudes.

—Será lo que decís, padre, pero cuando viene el tío Peregilo á traeros la miel de las colmenas de la Sierra, más parece que ladra cuando pregunta por la salud.

Celebraron la agudeza del mayorazgo, y por no ser menos una de las sirvientas se entonó cantando:

La Virgen hacía sopas
y no le echaba tomate,
y decía San José
seguro está que las cate.



Mal gesto puso D.^a Curra, pero la Dolores salió al encuentro diciendo, esa copla no es así, que es de este modo:

La Virgen hacia sopas
y no le echaba pimienta,
y San José le decía,
bendito tu entendimiento.

—Ni la una ni la otra valen nada, y cállense las fregatrices, que quizás tengan que consultar esos textos con el confesor, añadió muy formalote don Hermógenes. Saca, esposa, otro traguito de aquel *perfecto amor*, que nos regalara nuestro compadre el droguista, y cese el estruendo por un rato.

Sí, sí, *perfecto amor*, exclamaron como movidos de un resorte magnético las damas y los galanes.

—Es un nombre como otro cualquiera, dijo doña Petronila, queriendo disimular el efecto. Mi esposo se alegra todas las *Noches-buenas* de verse con salud y gracia de Dios y una familia que le adora.

A D. Hermógenes se le saltaron las lágrimas de gusto, y á no haber extraños se gana un abrazo la cónyuge.

—Blasito, que así se llamaba el mayor de los estudiantes, le interpeló D.^a Petronila, relate algún cuentecito, que dicen los sabe de perlas.

—No señora, es ponderación.

—No se haga de rogar, le dijo su preferida.

—Vaya, pues, sea, y comenzó así:

«Han de saber ustudes, que había un príncipe tan hermoso como jóven en el país de los Árboles azules.

—¿Y dónde está eso?, interrumpió el chiquito.

—Más allá del Triunfo; pero calla y deja hablar á mi hermano, le contestó el otro estudiante.

—»Los consejeros de la corona, le instaban viva-

mente para que buscase novia, porque un Rey soltero no conviene á las naciones; y sobre todo que es preciso casarse.

Miradas de aquiescencia en las niñas. «Como no había otro remedio que obedecer, salió del palacio en una mañana de Abril, montado en un brioso corcel, y enteramente solo, porque para esas cosas, contra menos gente mejor. Andando, andando llegó al reino de los Pájaros celestes. En el límite descubrió un palacio hecho con esmeraldas; y en una ventana asomada una doncella. El rostro, que únicamente se le descubría, era tan bello como el de un ángel. Dos trenzas rubias le caían sobre los hombros, y para contraste los ojos y las pestañas negras tenían una atracción irresistible.

Verla el príncipe, y quedarse como hechizado, fué todo uno mismo. Esta es, la esposa que me depara el destino. Más primorosa no se ha encontrado en mi reino.

—Caballero, el del caballo tordo; ¿á quién buscáis? dijo la niña al contemplar el galán, bajo de sus dinteles.

—Busco á la que ha de ser reina de mi corazón y dominios. A vos y no á otra.

—Soy la infanta Lindora; y espero hace un año, asomada en este sitio, al mancebo que ha de obtener mi mano, según predicción de las hadas.

—Pues el vaticinio es cumplido; bajad y colocaos en la grupa del arrogante Brillador, y ceñireis la corona ante mi corte.

—Mal me huele esa historia, saltó D.^a Curra; ¿no hay cura, ni bendiciones?

—Callad, abuela, que la historia es de oro.

—Siga Blasito, dijo la beneficiada.

«Pero la Infanta respondió.—Bajaré con mucho

gusto siempre que me deis vuestra real palabra de no arrepentiros nunca. ¿Sois cristiano?

—Cristiano y caballero soy, alteza.

—Pues juradme por este escapulario de la Virgen del Carmen, que sereis mi esposo. Y con una mano de nácar y un brazo hecho á torno, le alargó la santa reliquia.

La besó el Príncipe y colgándoselo al cuello, exclamó con voz firme:

—Juro que la infanta Lindora es mi desposada.

Oidó esto, aquella, ligera como una golondrina, se colocó en el caballo á espaldas del galán, agarrándose á su cintura. Un perfume como el de la mejor rosa de Alejandria que exhalaba la niña acabó por embriagar al Príncipe.

Instantáneamente torció las riendas al corcel, y anda que anda llegó á su corte. Notaba en el camino que los vasallos en vez de gritos de admiración, saludaban con respeto, y en las mujeres notaba señales de burlas reprimidas. En la puerta de palacio al ver al jefe de los grandes, dijo.

—Saludad al sol que traigo de Oriente, á vuestra futura soberana.

El jefe, que era un anciano respetable y que lo vieira nacer, le contestó.

—¿Habeis meditado si no será la mofa del reino esa princesa que nos traeis?

El Príncipe ya cargado de estampas echó de un salto pie á tierra, y al recibir en sus brazos á su pareja, notó que esta tenía una enorme joroba que la desfiguraba totalmente. Como la trajo á sus espaldas, nada pudo descubrir. Entró en sus habitaciones, donde le siguió Lindora sin desplegar sus labios.

El Príncipe pasó toda la noche en meditaciones.

La infanta tenía la cara de un serafín y el reverso de un demonio.

Mas era precisa una determinación. Besó el santo escapulario que llevaba al cuello, y reunió los ministros.

—Antes que rey, soy cristiano y caballero (así les habló), he jurado casarme con la Infanta Lindora, y me caso. Pero como no es justo que la reina sea objeto de burlas, ni que haya perturbaciones ni castigos en mis súbditos, ahí teneis el cetro, que renunció al trono; pues no han de faltar Reyes en este paraíso de los árboles azules.

Estupefactos quedaron los consejeros, se negaron unánimes á admitirle la palabra, pero el Príncipe los dejó solos, y se dirigió lealmente á reunirse con su futura esposa, que todo lo había oído desde la cámara inmediata.

¡Pero cuál fué su asombro! La horrible joroba no existía y un talle flexible como una palma adornaba ya la sin par donosura de la jóven.

En esto una voz dulce como las arpas celestiales murmuró.

—Sed dichosos, la Virgen bendice vuestra unión, y ha realizado uno de sus milagros.

La feliz pareja cayó de rodillas entonando alabanzas á su divina protectora. Cuando llegó el pueblo, que enterado de la noble acción del Príncipe, venía á renovarle su cariño, y se encontraron con la reina más hermosa del mundo, á poco se les vá el juicio. Duraron un mes los festejos y el casamiento se celebró ante el altar de Nuestra Sra. del Cármen, á quién pusieron un manto de oro y pedrería.

Y aquí se acaba el cuento de la Infanta Lindora del país de los Pájaros Celestes. Excusado es decir,

que desde la novia hasta la futura mamá política, ensalzaron al narrador.

Tocó el turno á una mistela, regalo de una madre priora de Jaén, algo parienta de la casa, y dióse á copa por barba.

La criada Doloreillas, que con los tragos perdía el encogimiento, dijo:

—Yo sé un chascarrillo, y si me lo permiten también lo referiré.

—Hable la fámula, exclamó D. Hermógenes, ya en los horrores de la digestión.

—Pues han de saber ustedes, por la mayor ventura del mundo, empezó esta, que en mi pueblo vivía el tío Salero, teniendo á la madre de su mujer en su casa. Por muchos chiquillos, y malas labores, hubo necesidad de enagenar algo, y antes que hacerlo de la burra ó del olivar, resolvió vender á la suegra. Que quieras que no la echó en un saco, y la llevó á la plaza. Al ver el bulto, que se movía como un gato cautivo, un curioso le preguntó.

—¿Que se vende?

—De usted es, dijo prontamente el tío Salero, entregándole la mercancía.

—Pero hombre, exclamaba atónito el interpelante. Si no sé lo que es, ni he ofrecido precio.

Antes que concluyera, ya se había perdido de vista mi paisano, loco de gusto por haber vendido aunque de balde á la suegra.

Si no tocan las campanas de la Catedral avisando para la *misa del gallo*, el conflicto de la narración dura para otro. Porque el yerno y la hija y los nietos soltaron una ruidosa carcajada, al ver que doña Curra tomaba á mala parte la fábula, tanto que lanzando venablos y amenazando con la muleta á todo bicho viviente, se retiró á sus habitaciones.

—Déjenla sus mercedes, decía la Dolores, no se ha incomodado, es que se le han puesto agrios los turrónes.

III.

En correcta formación salió D. Hermógenes para la misa, llevando á su derecha á la esposa y á las tres niñas, y á la izquierda el Benjamín y los estudiantes. De vanguardia marchaba la fámula joven con una linterna, y así cumplieron los deberes religiosos, no siendo inútil el paseo para prevenir un cólico en los señores mayores. A la vuelta, sea que la Dolores por acaso ó intencionalmente se adelantara al trasponer una esquina, hizo la oscuridad romperse las filas y los amantes cambiaron un apretón de manos. Ellos recibieron unas *castañas de mazapán* y unas *batatas en dulce*, envueltas en cintas de colores, y ellas unos billetitos cuyo papel ostentaba de lema corazones atravesados por flechas, y unos conceptos tan ardientes que de seguro no las habían aprendido los escolares en las *recitaciones del Heinecio*.

El ciprés del Generalife.

TRADICIÓN GRANADINA (1).

I.

A su perdición camina,
 en la hermosísima Granada,
 en la ciudad de las mil torres,
 en el Albaicín y la Alhambra.
 Un rey desgraciado y triste
 ya ni conserva ni guarda,
 ni la rica corona de oro
 ni de poderosos monarcas.
 Que los bandos la dividen
 y guerra civil estalla,
 y el castellano león
 en la alfalfa alegre sus garras.

II.

Palacio de maravillas,
 perla de los *Alhamares*;
 ¿por qué en tus régios salones
 corre á torrentes la sangre?
 ¿Por qué los bravos caudillos,
 los nobles abencerrages,
 hallan en vez de mercedes
 el filo de los puñales?

(1) Premiada con el objeto de arte donado por la Excm. Diputación provincial, en el certámen público del *Círculo de la Oratoria*, en Junio de 1886.

En blanca fuente de mármol
 cabezas humanas caen;
 ya las corrientes de plata
 son de rojizos cristales.

Y así como fiel la historia
 cuenta el hecho á otras edades,
 así la piedra aún conserva,
 la mancha de acción infame.

III.

En un ángulo apartado
 del *Salón de Embajadores*,
 conversan con Boabdil,
 y en voz baja, cuatro nobles.

Á pesar de su linaje
 nada bueno predisponen,
 las miradas que se cruzan,
 las palabras que se oyen.

Torva la faz del Monarca,
 cuanto sufre se conoce,
 hasta que ciego de ira
 el dique á su enojo rompe.

—«Jamás, les dice, villanos,
 los tormentos más atroces
 son pocos para vengar
 relato tan vil y torpe.»

Sin turbarse los zegríes
 los cuatro de pié se ponen,
 y «por nuestro honor juramos,»
 con severidad responden.

Hamet el abencerrage,
 el más galán de la córte,
 allá en el *Generalife*
 bien publica sus amores.

La fuente de los laureles
 ha sido el parage donde
 la reina y el seductor
 se entregaron á sus goces.

Esto dice Mohamet,
 la manó en el pecho pone,
 y la acusación sostiene
 en guerra con todo el orbe.

IV.

Ni las súplicas de Muza,
 modelo de los valientes,
 ni el llanto de la Sultana,
 tan hermosa como débil,

Ni el hondo clamor del pueblo
 que la injusticia repele,
 son causa de que Boabdil
 sus fieros designios deje.

A la reina desdichada
 en dura prisión mantiene,
 y á defenderse ó morir
 mezquino plazo concede.

Los más valientes caudillos
 por paladines se ofrecen;
 no acepta, porque su esclava
 á otra salvación la impele.

Su cuita escribe á quién sabe
 amparar los inocentes,
 y que el Sol de la justicia
 triunfante ilumine siempre.

V.

Bibarrambla, Bibarrambla,
 de los placeres espejo,
 ilusión de los amantes

y arena de los torneos.

Hoy en vez de regocijo
 oyes tristísimos ecos,
 que hay en los tablados luto
 y sorda rabia en los pechos.

En litera que custodian
 horribles esclavos negros
 entra la triste sultana
 víctima de injustos celos.

Los jueces á la derecha
 toman elevado asiento,
 suenan roncós añafles,
 da el juicio de Dios comienzo.

En poderosos caballos
 con armas de fino acero
 salen los acusadores (1),
 tan viles como soberbios.

Llevan sobre la armadura
 marlotas de grande precio,
 verde y morado el color,
 que es igual en los plumeros.

En las adargas ostentan
 unos alfanges sangrientos,
 «por la verdad la derramán»,
 dice el mote que le han puesto.

Llora la reina mirando
 lo falso de ese letrero,
 y que luzca la verdad,
 es lo que pide á los cielos.

(1) Mohamet Zegri, jefe de la traición;
 Hamet Zegri.
 Mahandon Gomel.
 Mahandin.

Ya la tarde se aproxima
y nadie en el circo entra
ya el valeroso *Malique*
se prepara á la defensa,

Cuando gran ruido se escucha
por el lado de la vega,
y vense cuatro guerreros
vestidos á la turquesa.

Son azules sus marlotas,
los albornoces de seda,
turbantes con listas de oro
y medias lunas y flechas.

Los corceles berberiscos,
y las armaduras recias,
y por divisa, «un león
que en un lobo se ensangrienta.»

Bién encubre su disfráz
el *señor de Cartagena*,
bién aquel *duque de Arcos*
de prosapia aragonesa.

Bién á *D. Diego de Córdoba*
que á *los donceles* gobierna,
bién al bizarro *Aguilar*,
gloria de la España entera.

D. Juan Chacón es tan solo
quien á la reina se acerca,
saluda, y con disimulo
su mismo billete deja.

En el rostro de *Moraima*
la alegría se presenta.
«Soy libre de culpa, dice,
id, y que Dios os proteja.»

Hacen la señal los jueces,
á la batalla se aprestán;
y no falta quien los turcos
por nobles cristianos tenga.

VII.

El caudillo es el que triunfa
el primero en el combate;
yace en tierra *Mahandin*
con tres heridas mortales.

De nada sirve al *Gomel*
pelear con malas artes;
á pié el bizarro *Aguilar*
lo vence en cortos instantes.

Los clarines de los turcos
alegres rasgan el aire;
el pesar de los contrarios
se dibuja en sus semblantes.

Ponce de León se enoja
de lo que tarda en vengarse,
y la cabeza del moro
cercena á un golpe de alfange.

Ni un tigre iguala en furor
á *Mohamet*, el más culpable;
mira á sus parientes muertos
y él cerca del duro trance.

—«Confiesa, dice *D. Diego*,
cuando á sus rodillas cae;
vengan los jueces y escuchen
antes que el vivir le falte.

—«La *Sultana* es inocente,
prorrumpe con voz exánime,
y apenas lo dice, espira,
y el pueblo la plaza invade.»

Libre proclaman la reina;
Boabdil junta sus parciales,
y Muza á los vencedores
ofrece régio hospedaje.

Curados de las heridas
se dirigen á sus reales,
y en Alhama la frontera
dejan armas y disfraces.

VIII.

La enseña del Redentor
á poco esplendente brilla
en el *alcázar dorado*
y en las torres granadinas.

Y trascurren cuatro siglos,
tronos y razas distintas,
y son polvo los palacios
y el tiempo borra y olvida.

Mas en el jardín ameno,
Casa de Zambra (1) otros días;
en ese *Generalife*,
ante los vientos se inclina,
un carcomido *Ciprés*
que en sus ramas sintetiza,
leyenda que el vulgo adorna
de flores y de poesía (2).

(1) Así llamaban los árabes al *Generalife*.

(2) Las condiciones del certámen eran: Un Romance en el que se había de referir la tradición granadina que se conoce con el nombre de *El Ciprés del Generalife*, comprendiendo en la narración, el triunfo obtenido por los cristianos, sobre los acusadores de la Sultana, no habiendo de exceder de doscientos versos.

El Buende del Albaicín.

LEYENDA GRANADINA.

I.

Noche de Diciembre oscura,
la atmósfera encapotada
horrible tormenta augura,
ya el relámpago fulgura;
en las calles de Granada.

De la tiniebla el capúz
más se acrece y avecina,
y el viento apaga la luz
que alumbra á Cristo en la cruz,
en el nicho de la esquina.

La soledad es completa,
no hay quien al trueno responda;
solo en la aguda veleta
chilla la lechuza inquieta,
y da el quién vive la ronda.

Lluvia pertinaz y helada
con eco medroso suena,
y no hay ventana entornada,
ni puerta en que no esté echada,
el cerrojo y la cadena.

Sin duda el genio del mal
sus alas tiende al confin,
y ante su influjo letal,
invade miedo cervical
el barrio del Albaicín.

Tal espanto se recela
que al pecho más fuerte pasma,
no obstante, al sonar la *Vela*,
de una oculta callejuela
sale medrosa fantasma.

Es de tan rara estatura
que crece ó se encoge á un punto,
y parece en su factura,
ser de un vivo la figura
en el cuerpo de un difunto.

De otro mundo usa despojos;
por cara, una calavera,
y del hueco de sus ojos
salen resplandores rojos
cual los que cruzan la esfera.

Marcha con paso atrevido,
sin vacilación ni errores,
y creyendo no es seguido,
á un portón se ha dirigido
junto á la *calle de Oidores*.

Por su dintel penetró
ligero como un venablo;
fuerte trueno retumbó,
é ignoro si le ayudó
arte de hombre ó de diablo.

Con todo, no hay que dudar
que media humana asechanza,
pues no está solo el lugar,
y aún se llegan á escuchar
juramentos de venganza.

II,

Cuando acomete el amor
á quien ya las canas peina,
es forzoso conocer
que es arriesgada la empresa.

D. Fadrique de Guevara,
hidalgo de nobles prendas,
con Lucía de Aguilar
hace dos meses se uniera.

El once lustros mantiene,
ella quince primaveras,
él soldado arisco y rudo,
ella una rosa entreabierta.

Conveniencias de la dote,
que son malas conveniencias,
á la niña hacen esposa,
y á triste palacio llevan.

Su escasa luna de miel
no libaron las abejas,
que la esconde receloso
como hace el lobo á su presa.

Mas de su cargo el honor
á D. Fadrique le ordena,
que marche de capitán
á hacer en Flandes la guerra.

Y Lucía queda sola
con una jóven sirvienta,
y un regañón escudero
nuevo Argos de la belleza.

III.

Es una regla sabida
que para lucir primores,
bién necesitan las flores
sol y luz, que las den vida.

Y es también verdad probada
que es la mujer una flor,
que si no la alienta amor
se vuelve planta agostada.

Ante esa necesidad
no faltan nunca galanes
que juzgan estos desmanes
como obras de caridad.

Y abundando en la creencia,
yo, que la verdad estimo,
diré que hay por medio un primo;
saquen, pues, la consecuencia.

Ser mozo, bravo y galán,
son condiciones ufanas:
¡qué contraste con las canas
del ausente capitán!

Ante el marido la habló
cual pariente solo un día
y desde entonces Lucía
en otro mundo soñó.

Aumentando su inquietud
ver que por extrañas artes,
encontraba en todas partes
peligros á su virtud.

No hay quien á tanto resista;
¡siempre el guardador es ciego!

aunque hay cegueras que luego
aclaran mucho la vista.

Fuese á la guerra; ¿qué hacer?
pájaro que deja el nido
se expone á verle perdido,
si tarda mucho en volver.

Y el más sencillo comprende
en el caso que refiero,
por qué cela el escudero,
por qué hay en la calle duende.

IV.

De su disfraz espantoso
el jóven ya se despoja,
y á la estancia se dirige
donde le espera la hermosa.

Está muy triste, sus ojos
al verlo llegar entorna,
y con sus rubios cabellos
un velo á su rostro forma.

Luis una escala recoge,
que al férreo balcón apoya
y radiante de ilusión

ante sus plantas se postra.

Despide á la confidente,
y cuando sus manos toca
con acento apasionado
dice D. Luis de Mendoza:

—No temas, la tempestad
más favorece que estorba;
si afuera ruge el infierno,
al lado tuyo es mi gloria.

Arriesgas por mí tu vida,
yo la mía por tu honra,

que para llegar aquí
con este traje de mofa,
al nivel del salteador
mis blasones se colocan.

Puede regresar tu esposo;
mañana á la misma hora,
me cumplirás la promesa,
huyendo á tierras remotas.

Abrió sus ojos la niña
dejando que el llanto corra,
la ropilla del doncel
abrasa al par que la moja.

Consuelos la da afanoso
que ella sin desdenes toma;
la lámpara se amortigua,
y va creciendo la sombra.

Al huracán le responde
ruido de labios que chocan;
¿quién sabe si allí hay más fuego,
que en el firmamento brota.

Cual todo pasa en el mundo
así dos horas corrieron;
Luis por el balcón se baja
y el disfraz ciñe á su cuerpo.

Mas del postigo al salir,
pues va con su dicha ciego,
no descubre que le acechan
y que unas manos de hierro
le sujetan por la espalda
y otras le oprimen el cuello.

Con la punta de un puñal
siente traspasan su pecho;

la defensa no es posible,
tan solo exclama:—«Soy muerto.»

El asesino y los suyos
vuelven de la casa adentro,
mientras atranca el portón
silencioso el escudero.

VI.

De pardas nubes velada
ya mensajera del día,
la aurora se aparecía
allá por Sierra-Nevada.

De la casa en los jardines
de ira y de frío temblando,
hay seis hombres esperando
para otros siniestros fines.

Pues se mira con horror
la noche al romper su velo
un cadáver en el suelo
y un fantasma á su alrededor.

Tocan el *Ave-María*
en el cercano convento,
y el duende, con paso lento,
sube y despierta á Lucía.

Aterrada al escuchar
quien á su estancia golpea,
sin cuidar de lo que sea,
abre las puertas en par.

Y al ver el fantasma fiero
lanza un grito de sorpresa,
mientras él la tiene presa
con unos nervios de acero.

—No abrigues, dice, esperanza;

perdiste tu fe y mi honra;
la noche vió mi deshonra,
la luz mire mire mi venganza.

VII.

Como tigre enfurecido,
como repugnante hiena,
así el fantasma la coge
y á los jardines la lleva.

Sobre el cadáver de Luis
la arroja con tal violencia,
que la viva con el muerto
ahora sin querer se besan.

Carcajada incomprensible,
risa convulsa y frenética
deja escuchar, y sus brazos
al muerto jóven rodea.

Enfurecido el fantasma
su disfraz al suelo echa.
Seis hombres con antifaces
á su alrededor se aprestan.

También su rostro tapado
está con roja careta,
que con lo rojo del traje
el tinte de sangre aumenta.

Da un pergamino al anciano,
y este las llaves le entrega,
y van comitiva triste
por las calles aún desiertas,
al *Arco de Fajalauzu*,
donde se pierden sus huellas.

VIII.

Cuando la justicia vino,
que la llamó el escudero,
el triste cuadro presencian
que impone horror y respeto.

Lucía se ha vuelto loca;
tal lo demuestra su aspecto,
y el jóven tiene el puñal
atravesado en el seno.

Ordena el alcalde al punto,
después de hablar con el viejo,
que á la Inquisición se lleve
el fantástico trofeo;
el cadáver á la fosa,
y Lucía por encierro
tenga á su razón perdida
sus nupciales aposentos.

IX.

Cuando el vulgo principió
la tragedia á conocer,
ser obra de Lucifer
unánime aseguró.

Solo una vecina anciana,
de esta opinión en despique,
jura pasó D. Fadrique
á caballo esa mañana.

Y vió, aunque con poca luz,
de bultos media docena,
y que eran almas en pena,
por lo que puso la cruz.

Y otra que la echa de lince

no vacila en afirmar,
que el duende siempre ha de andar
donde hay muchachas de á quince.

Son historias del amor;
¡de fijo que no hay mujer
que no quisiera tener
un duende en su tocador!

Corre el tiempo, la locura
su poca razón apaga,
y la jóven vive y vaga
sin consuelo y sin ventura.

De su belleza el tesoro
pierde en tan ruda tarea,
y hasta la nieve blanquea
en sus cabellos de oro.

Y parece en el desvelo
de sus noches de terror,
á la imágen del dolor
que pide subir al cielo.

Volvió, ó hizo que volvía,
D. Fadrique de la guerra,
y con su aspecto que aterra
se presentó ante Lucía.

—Asesino, murmuró,
goza, que ya estás vengado;
y como lirio tróncado
muerta en sus brazos quedó.

De tan horrible aventura
solo guarda la memoria,
que hubo un fraile en *la Victoria*
preso también de locura.

Y por aquellos confines
aún el populacho entiende,

que sigue saliendo *el duende*
á vagar por los jardines.

Ello es que la tradición
de la historia haciendo gala,
con este nombre señala
al antiguo casarón (1).

La tumba de un Rey.

LEYENDA GRANADINA.

I.

La bandera del Islam
ya no es símbolo de gloria,
que en las torres de la Alhambra
casi avergonzada flota.

La *Granada* de rubíes
se deshace por sí sola,
porque de sus granos rojos
los cristianos la despojan.

No hay nación que no sucumba
cuando impera la discordia;
quien rasga á su patria el seno,
es víbora ponzoñosa.

Boabdil ofende á su padre
y en su enemigo se apoya;

(1) Esta leyenda ha sido premiada en el certámen de la Sociedad Económica del presente año.

Zogoibi el Desventurado (1),
con justicia se le nombra.

Ayuda el *Zagal* (2) a leve
la rebelión que se forma,
y de su hermano recibe
la vacilante corona.

De Málaga la opulenta
deja las tranquilas olas,
y tinto en sangre cristiana
en sus sienes la coloca.

Cien guerreros calatravos
con gran descuido reposan,
y huyendo del sol, ni aún ponen
centinelas en las lomas (3).

¡No hay entrañas en la guerra!
fiero *Abdalá* los acosa,
y recuerda con orgullo
de otra *Ajarquía* (4) la rota.

Vencedor entra en Granada,
¡cómo el pueblo se alborozó!
botín y cautivos lleva,
el cómo á nadie le importa.

Más, «Dios solo es vencedor,»
y esas efímeras sombras,
la bandera de la cruz
disipa con cien victorias.

(1) Así llamaban los árabes al último rey de Granada.

(2) El *Zagal*, *Abdalá* hermano de *Muley Hacén*, padre de *Boabdil*.

(3) Sitio conocido hoy por el arroyo de *Ochichar*. Los caballeros iban mandados por *D. Juan de Angulo* y eran destacados de la guarnición de *Alhama*. El parage se llama el *Llano de la Matanza*.

(4) Terrible batalla perdida por los cristianos en los montes de Málaga.

II.

Allí donde el cielo es puro
y cristalinas las aguas,
y las colinas son verdes
y las flores más lozanas,
en el *Valle de Lecrín* (1),
encanto de la *Alpujarra*,
que es *valle de la alegría*,
y así le nombra la fama;
al pié de elevado monte
que del frío le resguarda,
el *Castillo de Mondújar* (2)
orgulloso se levanta.

En sus tiempos de ventura,
cuando altivo contestaba
que «el tributo de Castilla
lo daría con su lanza,»
alzó el palacio *Muley*
y al tesoro que en él gasta
le ayuda naturaleza
prodigándole sus galas.

En sus salones se aspira
el aire de la montaña,
la salud y la alegría
llevando con su fragancia.

Mandó adornar las paredes
con oro, marfil y nácar,
y el suelo con los tapices
más ricos que teje el Asia.
Quiso de los *Alifares* (3)

(1) Llamado por los moros *Valle de la alegría y de la vida*.

(2) Pueblecito hoy perteneciente á el juzgado de *Órgiva*.

(3) Palacio el más rico y suntuoso los que poseían los reyes

tener allí semejanza;
¡ay, los placeres del mundo
qué pronto en penas se cambian!

¡Quién al Wali poderoso
dijera, que en hora aciaga
fuera aquel palacio el único
asilo de su desgracia!

III.

Sobre lecho suntuoso,
en la señorial morada,
casi ciego y moribundo
el triste Muley se halla.

Todo su vigor perdido,
todas sus fuerzas le faltan,
y en vano el aire del monte
le envía sus puras auras.

Se vé de la Corte lejos,
con la corona abdicada,
y ya ni siente ventura,
ni le cobija esperanza.

Solo le queda el cariño
de la que amó con su alma,
para endulzar los pesares,
que de continuo le amargan.

A su lado siempre fija

moros, en el cerro de Santa Elena, en el que existen aún ruinas.

¿Qué castillos son aquéllos?

altos son y relucian.

El Alhambra era, señor,

y la otra la mezquita,

los otros los *Alijares*

labrados á maravilla.

está su esposa *Zoraya* (1),
con razón pueden decirlo
Lucero de la mañana.

Cad, y *Nazar*, sus dos hijos (2),
quieren enjugar sus lágrimas;
¡el olvido de su Dios
bien con sus desdichas paga!

—Oidme, con voz balbuciente
el viejo Muley exclama;
ya mi corazón no late,
ya mi existencia se acaba.

Un favor inmenso os pido,
otorgadle sin tardanza,
que ya sabeis, del que muere
es la voluntad sagrada.

El fiero conquistador
dueño será de mi patria;
no quiero que mis cenizas
profane con sus miradas.

Buscad oculto recinto,
rincón de tierra olvidada,
que el mundo lo ignore siempre,

(1) D.^a Isabel de Solis, hija del comendador D. Sancho, muere en una correría de los moros. Llamábanla, *Lucero de la mañana*, por su rara y extraordinaria hermosura. Cautiva desde niña en Granada, dominó el corazón del rey Muley Hacén, que repudió á su esposa Aixa, y vivió con él hasta su muerte. Después de ocurrida aquella, abrazó de nuevo la religión cristiana, y entró en un convento bajo la protección de la gran reina Isabel.

(2) Ambos recibieron el bautismo después de la muerte de su padre. *Cad* con el nombre de D. Fernando, casó con D.^a Maria de Sandoval, de la casa de los duques del Infantado.

Nazar D. Juan, se unió con D.^a Beatriz, prima de la anterior, tomando el apellido de *Granada*. Los duques de este nombre, conservan el blasón y linaje de los reyes Alhamares.

saberlo á vosotros basta.

Quede allí mi sepultura,
y que las gentes ingratas,
no puedan ir á burlarse
de mis grandezas pasadas.

—¿Jurais hacerlo?

—Juramos,
los dos jóvenes exclaman.

—Allah os bendiga, hijos;
si ya mi estrella se apaga,
dos luceros aparecen
que ancho porvenir señalan.

No habló más, cuando la noche
la hora del que sufre marca,
entregó su alma al Criador
el viejo rey de Granada.

IV.

Por encima de las nubes,
donde hay eternal silencio,
donde las nieves blanquean
huyendo del sol los fuegos,
en la altísima pirámide
del Dios vivo monumento,
manos piadosas y fuertes
sepultan humanos restos,
no obstante la tradición
no deja ignorar el hecho,
y pico de *Mulhacen* (1)
se llama de largos tiempos.

(1) Tal es, según la historia de las *montañas del Sol y del Aire*, el motivo de llamarse Pico de *Mulhacen*, esa altísima cumbre de Sierra Nevada.

V.

Cuando la luna se esconde
y el universo dormido
descansa entre las tinieblas
de tanto humano delirio,
cuando las flores se cierran
y el pájaro está en su nido,
se oyen misteriosos ecos
de la Alhambra en el recinto.

Afirma el vulgo que envuelto
en un vapor blanquecino,
desde la Sierra-Nevada
viene Muley á estos sitios.

El Salón de *Embajadores*
se puebla como hace siglos
de pages y de guerreros
de santones y cautivos.

Y alzándose sobre un trono
en los aires suspendido
exclama (y después el eco
lo repite á lo infinito):
—Maldiga Allah, quien la patria
entregara al enemigo.

VI.

La luz esparce la niebla,
queda el Alcázar tranquilo,
y suena el Ave-María
en las iglesias de Cristo.

FIN.

Quede allí en su lugar.

Quede allí en su lugar.

ERRATAS DE LA LEYENDA

EL DUENDE DEL ALBAICÍN.

Página 123, donde dice
y dá el quien vive la ronda

debe decir

al quién vive de la ronda.

Página 124, donde dice

y parece en su factura

debe decir

y semeja por su hechura.

Página 126, donde dice

no faltan nunca galanes

debe decir

no faltan nunca Don Juanes.

Página 131, donde dice

cuando el vulgo principió

debe decir

El vulgo, que principió.

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO.

	<i>Páginas.</i>
Introducción.....	5
Al gallo.....	7
Los paseos de Granada.....	15
La antigua fiesta de familia.....	19
El Cerrojo de San Gil.....	26
La casa de las Ánimas.....	31
Los terremotos.....	40
El maestro Chisme.....	41
El acólito Fermin.....	49
Un campo á la antigua.....	57
Un bautizo.....	67
Los ingleses en el Albaicín.....	75
Á los caracoles.....	86
El Aguador.....	94
Los baños.....	98
Castañas y batatas.....	103
El ciprés de Generalife.....	116
El duende del Albaicín.....	123
La tumba de un Rey.....	133

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

- Momentos de ocio**, colección de poesías, un tomo.
A orillas del Dauro, novelas, artículos y leyendas, dos tomos.
Auras del Genil, colección de poesías serias y humorísticas, dos tomos.
Las noches del Albaicín, leyendas, tradiciones y cuentos granadinos, dos tomos.
Fiestas populares de Granada, colección de artículos de costumbres, un tomo.
Los días del Albaicín, leyendas granadinas en verso y prosa, un tomo.
Tradiciones y leyendas, un tomo.

OBRAS DRAMÁTICAS.

- El Laberinto**, comedia en tres actos.
La Estrella de la Esperanza, comedia en tres actos.
Las Pensionistas, zarzuela en dos actos, música del maestro Luján.
Corte y cortijo, comedia en un acto.
Antiguos y modernos, comedia en un acto.
Farinelli, zarzuela en tres actos, música de D. Mariano Vázquez.
Tres damas para un galán, comedia en tres actos.
La Noche buena, apropósito cómico en un acto.
El Alcalde Vinagre, zarzuela en dos actos, música de D. Antonio Segura.
El bufón de D. Juan II, drama en tres actos, en colaboración con D. Pedro Mendo de Figueroa.
Glorias de Granada, loa en colaboración con D. Francisco Manzano Oliver.
El Liceo en escena, apropósito lírico, música de D. Francisco de P. Valladar.
Los contrastes, zarzuela en un acto, música del maestro Don Celestino Vila.
Aurora, zarzuela en dos actos.
Los Inocentes, apropósito cómico lírico en un acto.
El Nuevo Figaro, juguete lírico en un acto, música de Don C. Orense.

COSAS DE GRANADA.

Esta obra consta de un tomo que contiene los capítulos siguientes:

INTRODUCCIÓN.

AL GALLO.

LOS PASEOS DE GRANADA.

LA ANTIGUA FIESTA DE FAMILIA.

EL CERROJO DE SAN GIL.

LA CASA DE LAS ÁNIMAS.

LOS TERREMOTOS.

EL MAESTRO CHISME.

EL ACÓLITO FERMÍN.

UN CAMPO Á LA ANTIGUA.

UN BAUTIZO.

LOS INGLESES EN EL ALBAICÍN.

Á LOS CARACOLES.

EL AGUADOR.

LOS BAÑOS.

CASTAÑAS Y BATATAS.

EL CIPRÉS DEL GENERALIFE.

EL DUENDE DEL ALBAICÍN.

LA TUMBA DE UN REY.

Se vende al precio de **dos pesetas** cada ejemplar, en la librería de D. Paulino V. Sabatel, y en las principales de esta capital.

En Madrid y provincias, casa de los **corresponsales**.